

D. H. Lawrence

El Zorro



E LEJANDRIA

James

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL ZORRO

D. H. LAWRENCE

**PUBLICADO: 1922
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG**

TRADUCCIÓN PROPIA DE ELEJANDRÍA

EL ZORRO

Las dos muchachas eran conocidas por sus apellidos, Banford y March. Habían tomado la granja juntas, con la intención de trabajarla ellas solas: es decir, iban a criar gallinas, ganarse la vida con las aves de corral y, además, tener una vaca y criar una o dos crías. Por desgracia, las cosas no salieron bien.

Banford era una mujer pequeña, delgada, delicada y con gafas. Sin embargo, ella era la principal inversora, ya que March tenía poco o nada de dinero. El padre de Banford, que era comerciante en Islington, le dio a su hija el comienzo, por el bien de su salud y porque la quería, y porque no parecía que fuera a casarse. March era más robusta. Había aprendido carpintería y ebanistería en las clases nocturnas de Islington. Sería el hombre del lugar. Además, al principio vivía con ellos el abuelo de Banford. Había sido granjero. Pero, desgraciadamente, el viejo murió después de llevar un año en Bailey Farm. Entonces las dos muchachas se quedaron solas.

Ninguna de ellas era joven: es decir, se acercaban a la treintena. Pero ciertamente no eran viejas. Empezaron su empresa con bastante gallardía. Tenían muchos pollos, Leghorns negros y Leghorns blancos, Plymouths y Wyandottes; también algunos patos; también dos novillas en los campos. Una vaquilla, por desgracia, se negó rotundamente a quedarse en los corrales de Bailey Farm. No importaba cómo March arreglara las cercas, la novilla estaba fuera, salvaje en el bosque, o invadiendo los pastos vecinos, y March y Banford estaban fuera, volando tras ella, con más prisa que éxito. Así que vendieron esta novilla desesperados. Entonces, justo antes de que la otra bestia esperase su primer ternero, murió el viejo, y las mucha-

chas, temerosas del acontecimiento que se avecinaba, la vendieron presas del pánico, y limitaron sus atenciones a las aves de corral y los patos.

A pesar de un poco de disgusto, fue un alivio no tener más ganado a mano. La vida no estaba hecha para trabajar como esclavos. Las dos muchachas estaban de acuerdo. Las aves ya eran un problema. March había instalado su banco de carpintero al final del cobertizo abierto. Allí trabajaba haciendo gallineros, puertas y otros accesorios. Las aves se alojaban en el edificio más grande, que antaño había servido de establo y cobertizo para las vacas. Tenían un hermoso hogar y debían de estar perfectamente contentas. De hecho, tenían muy buen aspecto. Pero las chicas estaban disgustadas por su tendencia a contraer extrañas enfermedades, por su exigente modo de vida y por su negativa, su obstinada negativa a poner huevos.

March hacía la mayor parte del trabajo al aire libre. Cuando estaba fuera, con sus calzones, su abrigo con cinturón y su gorra suelta, parecía casi un joven elegante y de equilibrio suelto, porque tenía los hombros rectos y sus movimientos eran fáciles y seguros, incluso teñidos de un poco de indiferencia o ironía. Pero su rostro no era el de un hombre. Los mechones de su cabello oscuro ondeaban a su alrededor cuando se inclinaba, sus ojos eran grandes, anchos y oscuros cuando volvía a levantar la vista, extraños, sorprendidos, tímidos y sardónicos a la vez. También tenía la boca casi pellizcada, como si sintiera dolor e ironía. Había algo extraño e inexplicable en ella. Se mantenía en equilibrio sobre una cadera, mirando a las aves que pataleaban en el detestable barro fino del patio inclinado, y llamando a su gallina blanca favorita, que acudía en respuesta a su nombre. Pero había un destello casi satírico en los ojos grandes y oscuros de March cuando miraba a su rebaño de tres dedos que jugueteaba bajo su mirada, y la misma ligera y peligrosa sátira en su voz cuando le hablaba a la favorita Patty, que picoteaba la bota de March a modo de demostración amistosa.

Las gallinas no prosperaban en la Granja Bailey, a pesar de todo lo que March hacía por ellas. Cuando les proporcionaba comida caliente por la mañana, de acuerdo con la norma, se daba cuenta de que les hacía estar pesadas y adormiladas durante horas. Esperaba verlos apoyarse contra los pilares del cobertizo en sus lánguidos procesos de digestión. Y sabía muy bien que debían estar rascando y rebuscando afanosamente, si es que querían hacer algo bueno. Así que decidió darles la comida caliente por la noche y dejar que durmieran con ella. Y así lo hizo. Pero no sirvió de nada.

Las condiciones de la guerra, una vez más, eran muy desfavorables para la avicultura. La comida era escasa y mala. Y cuando se aprobó la Ley de Ahorro de Luz Diurna, las aves se negaron obstinadamente a acostarse como de costumbre, a eso de las nueve de la noche en verano. Ya era bastante tarde, porque no había paz hasta que estaban encerradas y dormidas. Ahora paseaban alegremente, sin mirar siquiera al granero, hasta las diez o más tarde. Tanto Banford como March no creían en vivir sólo para trabajar. Querían leer o dar un paseo en bicicleta por la tarde, o tal vez March deseaba pintar cisnes curvilíneos sobre porcelana, con fondo verde, o hacer una maravillosa pantalla de chimenea mediante un elaborado trabajo de ebanistería. Era una criatura de caprichos extraños y tendencias insatisfechas. Pero todo esto se lo impedían las estúpidas aves.

Un mal era mayor que cualquier otro. La Granja Bailey era una pequeña granja, con un antiguo granero de madera y una casa de campo de dos aguas, situada a sólo un campo de la linde del bosque. Desde la guerra, el zorro era un demonio. Se llevaba las gallinas delante de las narices de March y Banford. Banford se sobresaltaba y miraba con todos sus ojos a través de sus grandes gafas, mientras otro graznido y aleteo se producía pisándole los talones. Demasiado tarde. Otro Leghorn blanco desaparecido. Era descorazonador.

Hicieron lo que pudieron para remediarlo. Cuando se permitió disparar a los zorros, se pusieron de centinelas con sus armas, los dos, a las horas favorables. Pero no sirvió de nada. El zorro era demasiado rápido para ellos. Así pasó otro año, y otro, y vivían de sus pérdidas, como decía Banford. Un verano alquilaron la casa de la granja y se retiraron a vivir en un vagón de ferrocarril depositado como una especie de dependencia en un rincón del campo. Esto les divertía y ayudaba a sus finanzas. Sin embargo, las cosas no pintaban bien.

Aunque por lo general eran los mejores amigos, porque Banford, aunque nervioso y delicado, era un alma cálida y generosa, y March, aunque tan extraña y ausente en sí misma, tenía una extraña magnanimidad, sin embargo, en la larga soledad, eran propensos a volverse un poco irritables el uno con el otro, cansados el uno del otro. A March le quedaban cuatro quintas partes del trabajo por hacer, y aunque no le importaba, no parecía haber alivio, y eso hacía que a veces sus ojos centellearan con curiosidad. Entonces Banford, con los nervios más destrozados que nunca, se desanimaba y March le

hablaba bruscamente. Parecía que perdían terreno, que perdían la esperanza a medida que pasaban los meses. Allí, solos en los campos, junto al bosque, con la vasta campiña que se extendía hueca y tenue hasta las redondas colinas del Caballo Blanco, en la lejanía, parecían tener que vivir demasiado de sí mismos. No había nada que los mantuviera en pie, ni esperanza.

El zorro los exasperaba a ambos. En cuanto soltaban a las aves, en las primeras mañanas de verano, tenían que coger sus armas y montar guardia; y luego, en cuanto empezaba a anochecer, tenían que volver a salir. Y él era tan astuto. Se deslizaba por la hierba profunda; era difícil de ver como una serpiente. Y parecía eludir deliberadamente a las muchachas. Una o dos veces March había visto la punta blanca de su pincel, o su sombra rubicunda en la hierba, y le había disparado. Pero él no hizo caso de esto.

Una tarde, March estaba de espaldas a la puesta de sol, con el revólver bajo el brazo y el pelo recogido bajo la gorra. Estaba medio mirando, medio meditando. Era su estado constante. Sus ojos eran agudos y observadores, pero su mente interior no se daba cuenta de lo que veía. Siempre estaba sumida en ese extraño estado de embeleso, con la boca algo torcida. Era una incógnita si estaba allí, presente y consciente, o no.

Los árboles que bordeaban el bosque eran de un verde oscuro y parduzco a plena luz, pues estábamos a finales de agosto. Más allá, las ramas desnudas y cobrizas de los pinos brillaban en el aire. Más cerca, la áspera hierba, con sus largos tallos parduscos todo resplandecientes, estaba llena de luz. Los patos nadaban aún en el estanque bajo los pinos. March lo miró todo, lo vio todo y no lo vio. Oyó a lo lejos a Banford hablando con las aves, y no lo oyó. ¿En qué estaría pensando? Sólo Dios lo sabe. Su conciencia estaba, por así decirlo, retenida.

Bajó los ojos y de pronto vio al zorro. La estaba mirando. Su barbilla estaba presionada hacia abajo, y sus ojos miraban hacia arriba. Se encontraron con sus ojos. Y él la conocía. Ella estaba embelesada, sabía que él la conocía. Entonces él la miró a los ojos, y su alma le falló. Él la conocía, no se amilanó.

Ella luchó, volvió en sí confusamente, y lo vio alejarse, con saltos lentos sobre unas ramas caídas, saltos lentos e insolentes. Luego miró por encima del hombro y se alejó corriendo. Ella vio su cepillo liso como una pluma, vio sus blancas nalgas centellear. Y se fue, suave, suave como el viento.

Se puso la pistola al hombro, pero incluso entonces frunció la boca, sabiendo que no tenía sentido fingir que disparaba. Así que empezó a caminar despacio tras él, en la dirección en que se había ido, despacio, pertinazmente. Esperaba encontrarlo. En el fondo estaba decidida a encontrarlo. No pensó en lo que haría cuando lo volviera a ver. Pero estaba decidida a encontrarlo. Así que caminó abstraída por el linde del bosque, con los ojos oscuros muy abiertos y vivos, y un leve rubor en las mejillas. No pensaba. Caminaba de un lado a otro con una extraña falta de atención.

Por fin se dio cuenta de que Banford la llamaba. Hizo un esfuerzo de atención, se volvió y respondió con una especie de grito. Luego se dirigió de nuevo hacia la granja. El sol rojo se ponía, las aves se retiraban hacia su nido. Las observó, criaturas blancas, criaturas negras, reuniéndose en el granero. Las observaba embelesada, sin verlas. Pero su inteligencia automática le decía cuándo era el momento de cerrar la puerta.

Entró a cenar, que Banford había puesto en la mesa. Banford charlaba con facilidad. March parecía escuchar, a su manera distante y varonil. De vez en cuando respondía brevemente. Pero todo el tiempo estaba como hechizada. Y en cuanto terminó la cena, se levantó de nuevo para salir, sin decir por qué.

Volvió a coger su escopeta y fue a buscar al zorro. El zorro había levantado los ojos hacia ella, y su mirada cómplice parecía haber penetrado en su cerebro. No pensaba tanto en él, sino que estaba poseída por él. Vio sus ojos oscuros, astutos y descarados mirándola, conociéndola. Lo sintió invisiblemente dominar su espíritu. Conocía la forma en que bajaba la barbilla cuando levantaba la vista, conocía su hocico, el marrón dorado y el blanco grisáceo. Y de nuevo lo vio mirarla por encima del hombro, medio invitador, medio despectivo y astuto. Así que se fue, con sus grandes ojos asustados brillando, su pistola bajo el brazo, a lo largo del borde del bosque. Mientras tanto, caía la noche y una gran luna se alzaba sobre los pinos. Y Banford volvió a llamar.

Así que entró en casa. Estaba silenciosa y ocupada. Examinó su pistola y la limpió, meditando abstraídamente a la luz de la lámpara. Luego volvió a salir, bajo la gran luna, para ver si todo iba bien. Cuando vio las crestas oscuras de los pinos contra el cielo rojo sangre, su corazón volvió a latir hacia el zorro, el zorro. Quería seguirlo con su escopeta.

Pasaron algunos días antes de que mencionara el asunto a Banford. De repente, una noche, dijo:

"El zorro estaba justo a mis pies el sábado por la noche."

"¿Dónde?", dijo Banford, abriendo los ojos tras las gafas.

"Cuando estaba justo encima del estanque".

"¿Disparaste?", gritó Banford.

"No, no disparé".

"¿Por qué no?"

"Supongo que me sorprendió demasiado".

Era la misma forma de hablar de siempre, lenta y lacónica de March. Banford se quedó mirando a su amiga unos instantes.

"¿Lo viste?", exclamó.

"¡Oh, sí! Me estaba mirando, muy tranquilo".

"Ya te digo", gritó Banford, "¡qué descaro! No nos tienen miedo, Nellie".

"Oh, no", dijo March.

"Lástima que no pudiste dispararle", dijo Banford.

"¡Qué lástima! Lo he estado buscando desde entonces. Pero no creo que vuelva a acercarse".

"No creo que lo haga", dijo Banford.

Y procedió a olvidarse del asunto, excepto que estaba más indignada que nunca por la insolencia del mendigo. March tampoco era consciente de haber pensado en el zorro. Pero cada vez que caía en su media meditación, cuando estaba medio embelesada y medio inteligentemente consciente de lo que pasaba bajo su visión, entonces era el zorro el que de alguna manera dominaba su inconsciencia, poseía la mitad en blanco de su meditación. Y así fue durante semanas y meses. No importaba si había estado trepando a los árboles en busca de manzanas o cortando las últimas ciruelas damasceñas, o si había estado cavando la zanja del estanque de los patos o limpiando el granero; cuando terminaba, o cuando se enderezaba y se apartaba los mechones de pelo de la frente y volvía a fruncir la boca de un modo extraño

y enroscado, demasiado viejo para su edad, siempre le venía a la mente el viejo hechizo del zorro, como cuando él la miraba. Era como si pudiera olerlo en esos momentos. Y siempre se repetía, en momentos inesperados, justo cuando se iba a dormir por la noche, o justo cuando echaba el agua en la tetera para hacer té: era el zorro, se apoderaba de ella como un hechizo.

Así pasaron los meses. Aún lo buscaba inconscientemente cuando se dirigía al bosque. Él se había convertido en un efecto asentado en su espíritu, un estado permanentemente establecido, no continuo, pero siempre recurrente. No sabía lo que sentía ni lo que pensaba: sólo el estado la invadía, como cuando él la miraba.

Pasaron los meses, llegaron las noches oscuras, pesadas y oscuras de noviembre, cuando March iba con botas altas, con el barro hasta los tobillos, cuando la noche empezaba a caer a las cuatro en punto y el día nunca amanecía del todo bien. Las dos muchachas temían esos momentos. Temían la oscuridad casi continua que las envolvía en su desolada granja cercana al bosque. Banford tenía miedo físico. Temía a los vagabundos, temía que alguien viniera a merodear. March no estaba tan asustada como incómoda y perturbada. Sentía incomodidad y pesadumbre en todo su físico.

Por lo general, las dos muchachas tomaban el té en el salón. March encendía el fuego al anochecer y ponía la leña que había cortado y aserrado durante el día. Entonces se presentaba la larga tarde, oscura, empapada, negra por fuera, solitaria y algo opresiva por dentro, un poco lúgubre. March se contentaba con no hablar, pero Banford no podía estarse quieto. El mero hecho de escuchar el viento en los pinos o el goteo del agua era demasiado para ella.

Una tarde las muchachas lavaron las tazas de té en la cocina, y March se puso los zapatos de casa y se puso a trabajar en una labor de ganchillo, en la que trabajaba lentamente de vez en cuando. Entonces se sumió en el silencio. Banford miraba el fuego rojo que, al ser de leña, necesitaba atención constante. Temía empezar a leer demasiado pronto, porque sus ojos no soportarían el esfuerzo. Así que se quedó sentada mirando el fuego, escuchando los sonidos lejanos, el mugido del ganado, el viento sordo, pesado y húmedo, el traqueteo del tren vespertino en la pequeña vía férrea no muy lejos de allí. Estaba casi fascinada por el rojo resplandor del fuego.

De pronto, ambas muchachas se sobresaltaron y levantaron la cabeza. Oyeron una pisada, claramente una pisada. Banford retrocedió asustada. March se quedó escuchando. Luego se acercó rápidamente a la puerta que daba a la cocina. Al mismo tiempo oyeron los pasos que se acercaban a la puerta trasera. Esperaron un segundo. La puerta trasera se abrió suavemente. Banford lanzó un fuerte grito. Una voz de hombre dijo en voz baja:

"¡Hola!"

March retrocedió y cogió una pistola de un rincón.

"¿Qué quieres?", gritó, con voz aguda.

De nuevo la suave voz de hombre dijo:

"¡Hola! ¿Qué pasa?"

"¡Dispararé!" gritó March. "¿Qué quieres?"

"¿Por qué, qué pasa? ¿Qué pasa?", llegó la voz suave, asombrada y algo asustada, y un joven soldado, con su pesado equipo a la espalda, avanzó en la penumbra.

"¿Por qué," dijo, "quién vive aquí entonces?"

"Nosotros vivimos aquí", dijo March. "¿Qué queréis?"

"¡Oh!" fue la larga, melodiosa y maravillada nota del joven soldado.
"¿No vive aquí William Grenfel?"

"No, ya sabes que no.

"¿Ah, sí? ¿No? No, ya ves. Él vivía aquí, porque era mi abuelo, y yo viví aquí hace cinco años. ¿Qué ha sido de él entonces?"

El joven -o la juventud, pues no tendría más de veinte años- avanzó y se detuvo en la puerta interior. March, ya bajo la influencia de su extraña voz, suave y modulada, se quedó mirándolo embelesado. Tenía una cara rubicunda y redondeada, con el pelo rubio, más bien largo, aplastado contra la frente por el sudor. Sus ojos eran azules, muy brillantes y agudos. En sus mejillas, sobre la piel rubicunda y fresca, había pelos finos y claros, como un plumón, pero más afilados. Le daban un aspecto ligeramente reluciente. Con su pesado saco sobre los hombros, se encorvó, echando la cabeza hacia delante. Llevaba el sombrero suelto en una mano. Miró fijamente, muy agu-

do, de muchacha en muchacha, en particular a March, que estaba pálida, con grandes ojos dilatados, con su abrigo con cinturón y sus polainas, el pelo recogido en un gran nudo crujiente detrás. Aún tenía la pistola en la mano. Detrás de ella, Banford, aferrado al brazo del sofá, se alejaba con la cabeza medio gacha.

"Creía que mi abuelo aún vivía aquí. Me pregunto si estará muerto".

"Llevamos aquí tres años", dijo Banford, que empezaba a recobrar el juicio al ver algo infantil en la cabeza redonda de pelo largo y sudoroso.

"¡Tres años! No me digas. ¿Y no sabes quién estuvo aquí antes que tú?".

"Sé que era un anciano, que vivía solo".

"¡Ay! Sí, era él. ¿Y qué fue de él entonces?"

"Murió. Sé que murió.

"¡Ay! ¡Entonces está muerto!"

El joven los miraba sin cambiar de color ni de expresión. Si tenía alguna expresión, además de una leve mirada de asombro, era de aguda curiosidad por las dos muchachas; aguda e impersonal curiosidad, la curiosidad de aquella cabeza joven y redonda.

Pero para March él era el zorro. Nunca se sabrá si era por la inclinación de su cabeza hacia delante, o por el brillo de los finos pelos blanquecinos sobre los rubicundos pómulos, o por los ojos brillantes y penetrantes; pero para ella el muchacho era el zorro, y no podía verlo de otro modo.

"¿Cómo es que no sabías si tu abuelo estaba vivo o muerto?", preguntó Banford, recuperando su agudeza natural.

"Sí, eso es", respondió el joven de respiración suave. "Verás, me alisté en Canadá, y no supe nada durante tres o cuatro años. Me escapé a Canadá".

"¿Y ahora acabas de llegar de Francia?"

"Bueno, de Salónica en realidad.

Hubo una pausa, nadie sabía qué decir.

"¿Así que ahora no tienes adónde ir?", dijo Banford con cierta timidez.

"Oh, conozco a algunas personas en el pueblo. De todos modos, puedo ir al "Swan"."

"Supongo que has venido en tren. ¿Te gustaría sentarte un poco?"

"Bueno, no me importa.

Dio un pequeño gemido mientras se quitaba el equipo. Banford miró a March.

"Baja el arma", dijo. "Haremos una taza de té".

"Sí", dijo el joven. "Ya hemos visto suficientes rifles".

Se sentó bastante cansado en el sofá, inclinándose hacia adelante.

March recuperó su presencia de ánimo y fue a la cocina. Allí oyó la suave y joven voz meditando:

"¡Vaya, pensar que he de volver y encontrarlo así!". No parecía triste, en absoluto, sólo sorprendido con interés.

"Y qué diferencia en el lugar, ¿eh?", continuó, mirando alrededor de la habitación.

"¿Ves la diferencia?", dijo Banford.

"Sí, ¿verdad?"

Sus ojos estaban anormalmente claros y brillantes, aunque era el brillo de la salud abundante.

March estaba ocupado en la cocina preparando otra comida. Eran cerca de las siete. Todo el tiempo, mientras estaba activa, atendía al joven en el salón, no tanto escuchando lo que decía como sintiendo el suave correr de su voz. Ella apretó la boca cada vez más, frunciéndola como si estuviera co-sida, en su esfuerzo por mantener su voluntad en alto. Sin embargo, sus grandes ojos se dilataron y brillaron a pesar suyo; se perdió a sí misma. Rápidamente y sin cuidado preparó la comida, cortando grandes trozos de pan y margarina, porque no había mantequilla. Se devanó los sesos para pensar en algo más que poner en la bandeja: sólo tenía pan, margarina y mermelada, y la despensa estaba vacía. Incapaz de inventar nada, se dirigió al salón con la bandeja.

No quería llamar la atención. Sobre todo, no quería que él la mirara. Pero cuando ella entró y se afanó en poner la mesa justo detrás de él, él se levantó del suelo, se volvió y la miró por encima del hombro. Se puso pálida y marchita.

El joven la observó mientras se inclinaba sobre la mesa, miró sus piernas delgadas y bien torneadas, el abrigo con cinturón que le caía alrededor de los muslos, el nudo de cabello oscuro, y su curiosidad, viva y ampliamente alerta, volvió a ser detenida por ella.

La lámpara tenía una pantalla de color verde oscuro, de modo que la luz se proyectaba hacia abajo y la mitad superior de la habitación quedaba en penumbra. Su rostro se movía brillante bajo la luz, pero March se perfilaba sombrío en la distancia.

Se dio la vuelta, pero mantuvo los ojos de reojo, bajando y subiendo sus oscuras pestañas. Su boca se desenchajó cuando le dijo a Banford:

"¿Quieres servir?"

Luego se dirigió de nuevo a la cocina.

"Tómame el té donde estás", dijo Banford al joven, "a menos que prefieras venir a la mesa".

"Bueno", dijo él, "estoy bien y cómodo aquí, ¿no? Lo tomaré aquí, si no te importa".

"Sólo hay pan y mermelada", dijo ella. Y puso su plato en un taburete a su lado. Ahora estaba muy contenta esperándole. Le encantaba la compañía. Y ahora no le tenía más miedo que si fuera su hermano pequeño. Era tan buen chico.

"Nellie", llamó. "Te serví una taza".

March apareció en la puerta, cogió su taza y se sentó en un rincón, lo más lejos posible de la luz. Tenía las rodillas muy sensibles. Al no tener faldas que se las cubrieran y verse obligada a sentarse con ellas al descubierto, sufría. Se encogió y encogió, tratando de no ser vista. Y el joven, que se des-perezaba en el sofá, la miraba de arriba abajo, con miradas largas, firmes y penetrantes, hasta que ella estuvo a punto de desaparecer. Sin embargo, mantenía la taza en equilibrio, bebía el té, cerraba la boca y mantenía la cabeza apartada. Su deseo de ser invisible era tan fuerte que desconcertó al

joven. Sentía que no podía verla con claridad. Parecía una sombra dentro de la sombra. Y siempre sus ojos volvían a ella, buscando, sin descanso, con inconsciente atención fija.

Mientras tanto, hablaba en voz baja y con fluidez con Banford, a quien nada le gustaba tanto como el cotilleo, y que estaba lleno de alegre interés, como un pájaro. Además, comía abundante, rápida y vorazmente, de modo que March tuvo que cortar más trozos de pan y margarina, por cuya aspereza se disculpó Banford.

"Oh, bueno", dijo March, hablando de repente, "si no hay mantequilla que ponerle, no sirve de nada intentar hacer trozos delicados".

De nuevo el joven la observó, y se rió, con una risa repentina y rápida, mostrando los dientes y arrugando la nariz.

"No lo es, ¿verdad?", respondió con su voz suave y cercana.

Al parecer, era de Cornualles por nacimiento y educación. A los doce años había llegado a la granja Bailey con su abuelo, con el que nunca se había llevado muy bien. Así que se había escapado a Canadá y había trabajado lejos, en el Oeste. Ahora estaba aquí, y eso era todo.

Sentía mucha curiosidad por las chicas, por saber qué hacían exactamente. Sus preguntas eran las de un joven granjero: agudas, prácticas, un poco burlonas. Le divertía mucho la actitud de ellas ante sus pérdidas, pues se divertían con las novillas y las aves.

"Oh, bueno", dijo March, "no creemos en vivir sólo del trabajo".

"¿Verdad?", respondió él. Y de nuevo la rápida risa joven apareció en su rostro. Mantenía la mirada fija en la oscura mujer de la esquina.

"¿Pero qué harás cuando hayas gastado todo tu capital?", dijo.

"Oh, no lo sé", respondió March lacónicamente. "Alquilarnos para trabajar la tierra, supongo".

"Sí, pero no habrá demanda de mujeres trabajadoras de la tierra ahora que la guerra ha terminado", dijo el joven.

"Oh, ya veremos. Aguantaremos un poco más", dijo March, con una indiferencia plangente, mitad triste, mitad irónica.

"Hace falta un hombre en el lugar", dijo el joven en voz baja.

Banford se echó a reír.

"Ten cuidado con lo que dices", interrumpió. "Nos consideramos bastante eficientes".

"Oh," vino la voz lenta y plangente de March, "no es un caso de eficiencia, me temo. Si vas a dedicarte a la agricultura, debes estar en ello de la mañana a la noche, y también podrías ser una bestia".

"Sí, eso es", dijo el joven. "No estáis dispuestos a dedicaros a ello".

"No lo estamos", dijo March, "y lo sabemos".

"Queremos algo de nuestro tiempo para nosotros", dijo Banford.

El joven se echó hacia atrás en el sofá, con el rostro tenso por la risa, y rió en silencio pero a fondo. El tranquilo desprecio de las chicas le hizo tremendas cosquillas.

"Sí", dijo, "pero ¿por qué empezaste entonces?".

"Oh", dijo March, "entonces teníamos mejor opinión de la naturaleza de las aves que ahora".

"De la naturaleza en general, me temo", dijo Banford. "No me hables de la naturaleza".

De nuevo el rostro del joven se tensó con una risa encantada.

"No tienes muy buena opinión de las aves y el ganado, ¿verdad?", dijo.

"Oh no - muy baja", dijo March.

Se echó a reír.

"Ni las aves ni las vaquillas", dijo Banford, "ni las cabras ni el tiempo".

El joven prorrumpió en una aguda carcajada, encantado. Las muchachas empezaron a reírse también, March volvió la cara y arrugó la boca divertida.

"Oh, bueno", dijo Banford, "no nos importa, ¿verdad, Nellie?".

"No", dijo March, "no nos importa".

El joven estaba muy contento. Había comido y bebido hasta hartarse. Banford comenzó a interrogarlo. Su nombre era Henry Grenfel - no, no se llamaba Harry, siempre Henry. Siguió respondiendo con cortés sencillez, grave y encantador. March, que no estaba incluida, le lanzaba largas y lentas miradas desde su recreo, mientras él permanecía sentado en el sofá, con las manos entrelazadas en las rodillas, el rostro bajo la lámpara brillante y alerta, vuelto hacia Banford. Por fin se tranquilizó. Se había identificado con el zorro, y estaba aquí en plena presencia. Ya no necesitaba ir tras él. Allí, en la sombra de su rincón, se abandonó a una paz cálida y relajada, casi como el sueño, aceptando el hechizo que pesaba sobre ella. Pero deseaba permanecer oculta. Sólo estaba completamente en paz mientras él la olvidaba, hablando con Banford. Escondida en la sombra del rincón, ya no necesitaba estar dividida en sí misma, intentando mantener dos planos de conciencia. Por fin podía dejarse llevar por el olor del zorro.

Pues el joven, sentado ante el fuego con su uniforme, desprendía en la habitación un olor tenue pero inconfundible, indefinible, pero algo parecido al de una criatura salvaje. March ya no trató de evitarlo. Se quedó quieta y blanda en su rincón, como una criatura pasiva en su cueva.

Por fin la charla disminuyó. El joven aflojó el apretón de sus rodillas, se recompuso un poco y miró a su alrededor. De nuevo fue consciente de la silenciosa y medio invisible mujer del rincón.

"Bueno", dijo de mala gana, "supongo que será mejor que me vaya, o estarán en la cama en el "Cisne"".

"Me temo que están en la cama", dijo Banford. "Todos tienen gripe."

"¡Ah, sí!", exclamó. Y reflexionó. "Bueno", continuó, "encontraré un lugar en alguna parte".

"Yo diría que podrías quedarte aquí, sólo que..." Banford comenzó.

Se volvió y la observó, con la cabeza hacia delante.

"¿Qué?", preguntó.

"Oh, bueno", dijo ella, "el decoro, supongo". Estaba algo confusa.

"No sería impropio, ¿verdad?", dijo él, suavemente sorprendido.

"No en lo que a nosotros concierne," dijo Banford.

"Y no en lo que a mí respecta", dijo él, con grave ingenuidad. "Después de todo, es mi propia casa, en cierto modo".

Banford sonrió.

"Es lo que el pueblo tendrá que decir", dijo ella.

Hubo una pausa en blanco.

"¿Qué dices, Nellie?", preguntó Banford.

"No me importa", dijo March, en su tono inconfundible. "De todos modos, el pueblo no me importa".

"No", dijo el joven, rápido y suave. "¿Por qué iba a importarme? Quiero decir, ¿qué dirían?"

"Oh, bueno," vino la voz lacónica y plangente de March, "fácilmente encontrarán algo que decir. Pero no importa lo que digan. Podemos cuidar de nosotros mismos".

"Claro que podéis", dijo el joven.

"Bueno, entonces, detente si quieres", dijo Banford. "La habitación de invitados está lista".

Su rostro brillaba de placer.

"Si está seguro de que no le molesta demasiado", dijo, con esa suave cortesía que lo distinguía.

"Oh, no es ninguna molestia", dijeron ambos.

Él miró, sonriendo con deleite, de uno a otro.

"Es muy agradable no tener que volver a salir, ¿verdad?", dijo agradecido.

"Supongo que sí", dijo Banford.

March desapareció para atender la habitación. Banford estaba tan contenta y pensativa como si tuviera a su propio hermano pequeño en casa desde Francia. Le producía la misma satisfacción atenderlo, prepararle el baño y todo lo demás. Su calidez y amabilidad naturales tenían ahora una salida. Y el joven se deleitaba con sus atenciones de hermana. Pero le desconcertaba un poco saber que March también trabajaba silenciosamente para él. Estaba

tan curiosamente silenciosa y borrada. Le parecía que realmente no la había visto. Le parecía que no debía conocerla si se la encontraba en el camino.

Esa noche March soñó vívidamente. Soñó que oía fuera un canto que no podía entender, un canto que recorría la casa, los campos y la oscuridad. La conmovió tanto que sintió que debía llorar. Salió y, de pronto, supo que era el zorro el que cantaba. Era muy amarillo y brillante, como el maíz. Se acercó a él, pero huyó y dejó de cantar. Parecía estar cerca y ella quiso tocarlo. Le tendió la mano, pero el zorro le mordió la muñeca y, en el mismo instante en que ella retrocedía, el zorro, dándose la vuelta para alejarse, le pasó el pincel por la cara, y le pareció que el pincel estaba ardiendo, porque le abrasó y le quemó la boca con un gran dolor. Se despertó de dolor y se quedó temblando, como si realmente estuviera quemada.

Por la mañana, sin embargo, sólo lo recordaba como un recuerdo lejano. Se levantó y se dedicó a preparar la casa y a atender a las aves. Banford fue al pueblo en bicicleta para intentar comprar comida. Era un alma hospitalaria. Pero, ay, en el año 1918 no había mucha comida que comprar. El joven bajó en mangas de camisa. Era joven y fresco, pero caminaba con la cabeza echada hacia delante, de modo que sus hombros parecían levantados y redondeados, como si tuviera una ligera curvatura en la columna vertebral. Debía de ser sólo una manera de comportarse, pues era joven y vigoroso. Se lavó y salió, mientras las mujeres preparaban el desayuno.

Lo vio todo y lo examinó todo. Su curiosidad era rápida e insaciable. Comparó el estado de las cosas con el que recordaba de antes, y repasó en su mente el efecto de los cambios. Observó las aves y los patos para ver cómo estaban; se fijó en el vuelo de las palomas torcaces, que eran muy numerosas; vio las pocas manzanas que March no había podido alcanzar en lo alto; observó que habían tomado prestada una bomba de achique, probablemente para vaciar la gran cisterna de agua blanda que estaba en el lado norte de la casa.

"Es una casa vieja y destartalada", les dijo a las chicas mientras desayunaba.

Sus ojos eran sabios e infantiles, de tanto pensar en las cosas. No dijo mucho, pero comió mucho. March mantenía el rostro ausente. A primera hora de la mañana, ella tampoco podía ser consciente de él, aunque algo en el brillo de su caqui le recordaba el resplandor de su zorro de los sueños.

Durante el día, las chicas se dedicaron a sus asuntos. Por la mañana se ocupó de las armas, disparó a un conejo y a un pato salvaje que volaba alto hacia el bosque. Aquello fue un gran aporte a la vacía despensa. Las chicas pensaron que ya se había ganado el sustento. Sin embargo, no dijo nada de irse. Por la tarde se fue al pueblo. Volvió a la hora del té. Tenía la misma mirada alerta y previsoramente en su cara redonda. Colgó su sombrero en una percha con un pequeño gesto de balanceo. Estaba pensando en algo.

"Bueno", dijo a las chicas cuando se sentó a la mesa. "¿Qué voy a hacer?"

"¿Cómo que qué vas a hacer?", dijo Banford.

"¿Dónde voy a encontrar un lugar en el pueblo para quedarme?", dijo.

"No lo sé", dijo Banford. "¿Dónde piensas quedarte?"

"Bueno" - vaciló - "en el "Swan" tienen esta gripe, y en el "Plough and Harrow" tienen a los soldados que están recogiendo el heno para el ejército: además, en las casas particulares, hay diez hombres y un cabo en total acantonados en el pueblo, me han dicho. No estoy seguro de dónde podría conseguir una cama".

Dejó el asunto en sus manos. Estaba bastante tranquilo. March estaba sentada con los codos sobre la mesa, las dos manos apoyadas en la barbilla, mirándole inconscientemente. De repente levantó sus ojos azules nublados, e irreflexivamente miró directamente a los ojos de March. Él se sobresaltó tanto como ella. También él retrocedió un poco. March sintió que la misma chispa astuta, burlona y cómplice saltaba de sus ojos, al volver la cabeza hacia un lado, y caía en su alma, como había caído de los oscuros ojos del zorro. Ella frunció la boca como si le doliera, como si también estuviera dormida.

"Bueno, no lo sé", decía Banford. Parecía reacia, como si temiera que le impusieran algo. Miró a March. Pero, con su vista débil y atribulada, sólo vio la habitual semiabstracción en el rostro de su amiga. "¿Por qué no hablas, Nellie?", dijo.

Pero March estaba con los ojos muy abiertos y en silencio, y el joven, como fascinado, la miraba sin mover los ojos.

"Vamos, contesta", dijo Banford. Y March volvió ligeramente la cabeza hacia un lado, como si recobrara el conocimiento, o intentara recobrarlo.

"¿Qué esperas que diga?", preguntó ella automáticamente.

"Di lo que piensas", dijo Banford.

"A mí me da lo mismo", dijo March.

Y de nuevo se hizo el silencio. Una luz puntiaguda parecía estar en los ojos del muchacho, penetrando como una aguja.

"Así es para mí", dijo Banford. "Puedes detenerte aquí si quieres".

Una sonrisa como una pequeña llama astuta se dibujó en su rostro, repentina e involuntariamente. Bajó rápidamente la cabeza para ocultarla, y permaneció con la cabeza baja y el rostro oculto.

"Puedes parar aquí si quieres. Puedes complacerte a ti mismo, Henry", concluyó Banford.

Pero él no respondió, sino que permaneció con la cabeza gacha. Luego levantó la cara. Brillaba con una curiosa luz, como exultante, y sus ojos eran extrañamente claros mientras observaba a March. Ella volvió la cara hacia un lado, con la boca sufriendo como si estuviera herida y la conciencia oscurecida.

Banford se quedó un poco perplejo. Observó la mirada firme y cristalina del joven mientras miraba a March, con la sonrisa invisible brillando en su rostro. No sabía cómo sonreía, porque no se le movía ningún rasgo. Parecía sólo el brillo, casi el resplandor de los finos cabellos de sus mejillas. Luego miró a Banford con una expresión muy distinta.

"Estoy seguro", dijo con su voz suave y cortés, "de que eres muy bueno. Demasiado bueno. No quieres que te moleste, estoy seguro".

"Corta un poco de pan, Nellie," dijo Banford inquieto, añadiendo: "No es ninguna molestia, si quieres quedarte. Es como tener a mi propio hermano aquí unos días. Es un chico como tú".

"Es muy amable de tu parte", repitió el muchacho. "Me gustaría mucho quedarme, si está seguro de que no le molesto."

"No, por supuesto que no. Es un placer tener a alguien en casa aparte de nosotros", dijo Banford.

"¿Pero Srta. March?" dijo con su voz suave, mirándola.

"Oh, en lo que a mí respecta, todo está bien", dijo March vagamente.

Su rostro sonrió y casi se frotó las manos de placer.

"Bueno, entonces", dijo, "me encantaría, si me dejaras pagar mi pensión y ayudar con el trabajo".

"No tienes por qué hablar de pensión", dijo Banford.

Pasaron uno o dos días y el joven se quedó en la granja. Banford estaba encantado con él. Era tan suave y cortés al hablar que no quería decir mucho, prefería escuchar lo que ella tenía que decir y reírse a su manera rápida y medio burlona. Ayudaba fácilmente en el trabajo, pero no demasiado. Le encantaba estar solo con la pistola en la mano, observar, ver. Porque su curiosidad aguda e impersonal era insaciable, y se sentía más libre cuando estaba completamente solo, medio escondido, observando.

En particular, observaba a March. Era un personaje extraño para él. Su figura, como la de un joven elegante, le atraía. Sus ojos oscuros hacían surgir algo en su alma, con una curiosa y eufórica excitación, cuando los miraba, una excitación que temía dejar ver, era tan aguda y secreta. Y entonces su extraño y sagaz discurso le hizo reír a carcajadas. Sintió que debía ir más lejos, se sintió inevitablemente impulsado. Pero dejó de pensar en ella y se dirigió hacia la linde del bosque con el arma.

El crepúsculo estaba cayendo cuando llegó a casa, y con el crepúsculo, una fina lluvia de finales de noviembre. Vio la luz del fuego que saltaba en la ventana del salón, una luz que saltaba en el pequeño grupo de edificios oscuros. Y pensó que sería bueno tener este lugar como propio. Y entonces se le ocurrió una idea astuta: ¿Por qué no casarse con March? Permaneció inmóvil en medio del campo durante unos instantes, con el conejo muerto colgando en su mano, detenido por este pensamiento. Su mente esperó asombrada -parecía calcular- y luego sonrió con curiosidad para sí en señal de aquiescencia. ¿Por qué no? ¿Por qué no? Era una buena idea. ¿Y si era ridícula? ¿Qué importaba? ¿Y si ella era mayor que él? No importaba. Cuando pensó en sus ojos oscuros, asustados y vulnerables, sonrió sutilmente para sí. En realidad, él era mayor que ella. La dominaba.

Apenas admitía su intención, ni siquiera a sí mismo. La mantenía en secreto incluso para sí mismo. Aún era demasiado incierto. Tendría que ver cómo iban las cosas. Sí, tendría que ver cómo iban las cosas. Si no tenía cuidado, ella simplemente se burlaría de la idea. Él sabía, astuto y sutil como era, que si se dirigía a ella sin rodeos y le decía: "Srta. March, la amo y quiero que se case conmigo", su respuesta inevitable sería: "Lárgate. No quiero ninguna de esas tonterías". Esta era su actitud hacia los hombres y sus "payasadas". Si él no tenía cuidado, ella se volvería contra él con su ridículo salvaje y sardónico, y lo echaría de la granja y de su mente para siempre. Tendría que ir con cuidado. Tendría que atraparla como se atrapa a un ciervo o a una becada cuando se sale a cazar. No es bueno salir al bosque y decirle al ciervo.: "Por favor, cae a mi arma." No, es una batalla lenta y sutil. Cuando realmente sales a cazar un ciervo, te reúnes, te enrollas en tu interior y avanzas en secreto, antes del amanecer, hacia las montañas. No se trata tanto de lo que haces cuando sales a cazar, sino de cómo te sientes. Tienes que ser sutil y astuto y estar absolutamente preparado para la muerte. Se convierte en un destino. Tu propio destino supera y determina el destino del ciervo que estás cazando. En primer lugar, incluso antes de que tengas a la vista a tu presa, se produce una extraña batalla, como el mesmerismo. Tu propia alma, como cazador, ha salido a fijarse en el alma del ciervo, incluso antes de que veas ningún ciervo. Y el alma del ciervo lucha por escapar. Incluso antes de que el ciervo tenga noticia de ti, así es. Es una sutil y profunda batalla de voluntades que tiene lugar en lo invisible. Y es una batalla que nunca termina hasta que tu bala vuelve a casa. Cuando estás REALMENTE preparado y por fin estás a tiro, no apuntas como cuando disparas a una botella. Es tu propia VOLUNTAD la que lleva la bala al corazón de tu presa. El vuelo de la bala es una pura proyección de tu propio destino en el destino del ciervo. Sucede como un deseo supremo, un acto supremo de volición, no como un amago de astucia.

Era un cazador de espíritu, no un agricultor, ni un soldado atrapado en un regimiento. Y era como un joven cazador que quería abatir a March como su presa, para convertirla en su esposa. Así que se recompuso sutilmente, pareció replegarse en una especie de invisibilidad. No estaba muy seguro de cómo seguiría. Y March sospechaba como una liebre. Así que, en apariencia, seguía siendo el joven forastero, simpático y extraño, que se quedaba quince días en el lugar.

Por la tarde había estado aserrando troncos para el fuego. La oscuridad llegó muy pronto. Seguía siendo una niebla fría y cruda. Estaba casi demasiado oscuro para ver. Una pila de troncos cortos aserrados yacía junto al caballete. March vino a llevarlos al interior, o al cobertizo, pues estaba ocupado serrando el último tronco. Trabajaba en mangas de camisa y no se dio cuenta de que ella se acercaba. La vio inclinarse hacia los troncos y dejó de serrar. Un fuego como un relámpago le recorrió las piernas por los nervios.

"¿March?", dijo con su voz tranquila y joven.

Ella levantó la vista de los troncos que estaba apilando.

"¡Sí!", dijo.

Él la miró en el crepúsculo. Podía verla con poca nitidez.

"Quería preguntarte algo", dijo.

"¿Querías? ¿Qué era?", dijo ella. Ya se le notaba el miedo en la voz. Pero era demasiado dueña de sí misma.

"¿Por qué?" -su voz parecía dibujarse suave y sutil, penetraba en sus nervios-, "¿por qué, qué crees que es?".

Ella se levantó, se puso las manos en las caderas y se quedó mirándole paralizada, sin contestar. De nuevo ardió con un poder repentino.

"Bueno", dijo él, y su voz era tan suave que parecía más bien un toque sutil, como el más leve roce de la pata de un gato, una sensación más que un sonido". Quería pedirte que te casaras conmigo".

March le sintió más que le oyó. Intentaba en vano apartar la cara. Una gran relajación parecía haberla invadido. Permaneció en silencio, con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado. Él parecía inclinarse hacia ella, sonriendo invisiblemente. Le pareció que le salían chispas.

Entonces, de repente, dijo:

"No intentes ninguna de tus payasadas conmigo".

Un temblor recorrió sus nervios. Había fallado. Esperó un momento para recomponerse. Luego dijo, poniendo toda la extraña suavidad en su voz, como si la acariciara imperceptiblemente:

"No es ninguna tontería. No es una tontería. Lo digo en serio. Lo digo en serio. ¿Por qué no me crees?"

Parecía dolido. Y su voz tenía un poder tan curioso sobre ella, haciéndola sentir suelta y relajada. Ella luchó en algún lugar por su propio poder. Por un momento se sintió perdida, perdida, perdida. La palabra parecía mecerse en ella como si se estuviera muriendo. De repente, volvió a hablar.

"No sabes de lo que estás hablando", dijo, en un breve y transitorio ataque de desprecio. "¡Qué tontería! Tengo edad para ser tu madre".

"Sí, sé de lo que hablo. Sí, lo sé", insistió en voz baja, como si estuviera produciendo su voz en la sangre de ella. "Sé muy bien de lo que hablo. No tienes edad para ser mi madre. Eso no es cierto. Y qué importa si lo fuera. Puedes casarte conmigo tengamos la edad que tengamos. ¿Qué es la edad para mí? ¡Y qué es la edad para ti! La edad no es nada".

Se desmayó cuando él concluyó. Hablaba rápido, a la manera rápida de Cornualles, y su voz parecía sonar en algún lugar de ella donde no podía resistirse. "¡La edad no es nada!" Su suave y pesada insistencia la hizo tambalearse en la oscuridad. No pudo responder.

Una gran exultación saltó como fuego sobre sus miembros. Sintió que había ganado.

"Quiero casarme contigo. ¿Por qué no habría de hacerlo?", prosiguió, suave y rápidamente. Esperó a que ella respondiera. En el crepúsculo la vio casi fosforescente. Tenía los párpados caídos, el rostro semiavertido e inconsciente. Parecía estar en su poder. Pero él esperó, vigilante. Aún no se atrevía a tocarla.

"Di entonces", dijo, "di entonces que te casarás conmigo. Di... ¡di!" Insistió suavemente.

"¿Qué?", preguntó ella, débil, desde la distancia, como una dolorida. Su voz era ahora impensablemente cercana y suave. Se acercó mucho a ella.

"Di que sí.

"Oh, no puedo", gimió impotente, medio articulada, como semiconsciente, y como dolorida, como quien se muere. "¿Cómo puedo?"

"Puedes", dijo él suavemente, posando suavemente la mano en su hombro mientras ella permanecía con la cabeza desviada y caída, aturdida. "Tú puedes. Sí que puedes. ¿Por qué dices que no puedes? Tú puedes. Tú puedes". Y con una suavidad espantosa se inclinó hacia delante y le tocó el cuello con la boca y la barbilla.

"¡No!" gritó ella, con un débil grito de locura, como de histeria, apartándose y dándole la espalda. "¿Qué quieres decir?" Pero no tenía aliento para hablar. Era como si la hubieran matado.

"Quiero decir lo que digo", insistió él suave y cruelmente. "Quiero que te cases conmigo. Quiero que te cases conmigo. Lo sabes, ¿verdad? ¿Lo sabes? ¿Lo sabes? ¿No lo sabes?"

"¿Qué?", dijo ella.

"Saber", respondió él.

"Sí", dijo ella. "Sé que lo dices".

"Y sabes que lo digo en serio, ¿verdad?"

"Sé que lo dices".

"¿Me crees?", dijo él.

Ella guardó silencio durante un rato. Luego apretó los labios.

"No sé lo que creo", dijo.

"¿Estás ahí?", dijo la voz de Banford desde la casa.

"Sí, estamos trayendo los troncos", respondió él.

"Pensé que te habías perdido", dijo Banford desconsoladamente. "Date prisa y ven a tomar el té. La tetera está hirviendo".

Se agachó de inmediato para coger un montón de troncos y llevarlos a la cocina, donde estaban apilados en un rincón. March también ayudó, llenándose los brazos y llevando los troncos sobre el pecho como si fueran un niño pesado. La noche había caído fría.

Cuando los troncos estuvieron todos dentro, las dos se limpiaron las botas ruidosamente en el rascador de fuera, y luego las frotaron en la alfombra. March cerró la puerta y se quitó su viejo sombrero de fieltro, su sombrero de campesina. Llevaba el pelo negro, grueso y crujiente, suelto, y te-

nía la cara pálida y tensa. Se echó el pelo hacia atrás y se lavó las manos. Banford entró apresuradamente en la cocina poco iluminada, para sacar del horno los bollos que mantenía calientes.

"¿Qué has estado haciendo todo este tiempo?", preguntó preocupada. "Pensé que nunca vendrías. Y hace siglos que dejaste de serrar. ¿Qué hacías ahí fuera?"

"Teníamos que tapar el agujero del granero para que no entraran las ratas".

"Vaya, podía verte ahí de pie en el cobertizo. Podía ver las mangas de tu camisa", desafió Banford.

"Sí, estaba guardando la sierra".

Entraron a tomar el té. March estaba muda. Su rostro estaba pálido, tenso y vago. El joven, que siempre tenía la misma expresión rubicunda y contenida, como si estuviera reservado para sí mismo, había venido a tomar el té en mangas de camisa como si estuviera en casa. Se inclinó sobre su plato mientras comía.

"¿No tienes frío?", dijo Banford maliciosamente. "En mangas de camisa".

Él la miró, con la barbilla cerca del plato y los ojos muy claros, pelúcidos e inquebrantables mientras la observaba.

"No, no tengo frío", dijo con su suave cortesía habitual. "Hace mucho más calor aquí que fuera, ya ves".

"Espero que sí", dijo Banford, sintiéndose molesto por él. Tenía una extraña seguridad y una mirada brillante que la ponía de los nervios aquella noche.

"Pero quizás", dijo suave y cortésmente, "no te gusta que venga a tomar el té sin mi abrigo. Lo había olvidado".

"Oh, no me importa", dijo Banford, aunque a ella sí.

"Iré a buscarlo", dijo.

Los ojos oscuros de March se volvieron lentamente hacia él.

"No, no te molestes", dijo ella con su extraño tono. "Si te sientes bien como estás, detente como estás". Hablaba con cruda autoridad.

"Sí", dijo él, "me siento bien, si no soy grosero".

"Normalmente se considera grosero", dijo Banford. "Pero no nos importa."

"Vamos, "considerado grosero"", eyaculó March. "¿Quién lo considera grosero?"

"Tú lo haces, Nellie, en cualquier otra persona", dijo Banford, refunfuñando un poco detrás de sus gafas y sintiendo que la comida se le atascaba en la garganta.

Pero March había vuelto a mostrarse vaga y desatenta, masticando su comida como si no supiera que estaba comiendo. Y los jóvenes miraban de uno a otro, con ojos brillantes y observadores.

Banford se sintió ofendido. A pesar de su delicada cortesía y su voz suave, el joven le parecía un insolente. No le gustaba mirarle. No le gustaba encontrarse con sus ojos claros y vigilantes, no le gustaba ver el extraño brillo de su rostro, sus mejillas con su delicado y fino cabello, y su piel rubicunda que estaba bastante apagada y que, sin embargo, parecía arder con un curioso calor de vida. Le ponía un poco enferma mirarle: la calidad de su presencia física era demasiado penetrante, demasiado caliente.

Después del té, la velada fue muy tranquila. El joven rara vez iba al pueblo. Por regla general, leía: era un gran lector, a sus horas. Es decir, cuando empezaba, leía absorto. Pero no tenía muchas ganas de empezar. A menudo paseaba solo por los campos y los setos en la oscuridad de la noche, merodeando con un extraño instinto nocturno y escuchando los sonidos salvajes.

Esta noche, sin embargo, cogió un libro del capitán Mayne Reid de la estantería de Banford, se sentó con las rodillas bien separadas y se sumergió en su historia. Llevaba el pelo largo, castaño y rubio, peinado hacia los lados, como un grueso gorro. Aún estaba en mangas de camisa, e inclinado hacia delante bajo la luz de la lámpara, con las rodillas muy separadas, el libro en la mano y toda su figura absorta en la agotadora tarea de leer, daba al salón de Banford el aspecto de un campamento de leñadores. A ella le molestaba. Porque en el suelo del salón había una alfombra roja de pavo y una mancha oscura alrededor, la chimenea tenía azulejos verdes a la moda, el piano estaba abierto con la última música de baile: ella tocaba bastante bien, y en las paredes había cisnes y nenúfares pintados a mano por March.

Además, con los leños ardiendo en la rejilla, las gruesas cortinas echadas, las puertas cerradas y los pinos silbando y estremeciéndose con el viento, era acogedor, refinado y agradable. A ella le molestaba el joven de piernas largas, grande y tosco, que sacaba las rodillas de color caqui y estaba sentado con los puños de la camisa de soldado abotonados en sus gruesas muñecas rojas. De vez en cuando pasaba una página, y de vez en cuando echaba una mirada aguda al fuego, acomodando los leños. Luego volvía a sumergirse en la intensa y aislada tarea de la lectura.

March, al otro lado de la mesa, hacía ganchillo espasmódicamente. Tenía la boca fruncida de un modo extraño, como si hubiera soñado que el pincel del zorro se la quemaba; su hermoso y crujiente cabello negro se alborotaba en mechones. Pero toda su figura estaba absorta en su porte, como si ella misma estuviera a kilómetros de distancia. En una especie de semisueño le parecía estar oyendo al zorro cantar alrededor de la casa con el viento, cantar salvaje y dulcemente y como una locura. Con manos rojas pero bien formadas, tejía lentamente el algodón blanco, muy despacio, torpemente.

Banford también intentaba leer, sentada en su silla baja. Pero entre ambas se sentía inquieta. No paraba de moverse, de mirar a su alrededor, de escuchar el viento y de mirar disimuladamente de una a otra de sus compañeras. March, sentada en una silla recta, con las rodillas cruzadas en sus ceñidos calzones, y haciendo ganchillo lenta y laboriosamente, también era una prueba.

"¡Oh cielos!", dijo Banford, "tengo mal la vista esta noche". Y se presionó los ojos con los dedos.

El joven la miró con su mirada clara y brillante, pero no habló.

"¿Lo están, Jill?", dijo March distraídamente.

Entonces el joven empezó a leer de nuevo, y Banford volvió forzosamente a su libro. Pero no podía quedarse quieta. Al cabo de un rato miró a March, y una sonrisa extraña, casi maligna, se dibujó en su delgado rostro.

"Un penique por ellos, Nell", dijo de repente.

March miró a su alrededor con ojos negros, grandes y asustados, y palideció de terror. Había estado escuchando al zorro cantar tan tiernamente, tan tiernamente, mientras paseaba por la casa.

"¿Qué?", dijo vagamente.

"Un penique por ellos", dijo Banford sarcásticamente. "O dos peniques, si son tan profundos".

El joven observaba con ojos brillantes y claros desde debajo de la lámpara.

"¿Por qué?", llegó la vaga voz de March, "¿para qué quieres malgastar tu dinero?".

"Pensé que sería bien gastado", dijo Banford.

"No pensaba en nada más que en cómo soplaban el viento", dijo March.

"Oh, cielos", replicó Banford, "yo mismo podría haber tenido un pensamiento tan original como éste. Me temo que esta vez he malgastado mi dinero".

"Bueno, no hace falta que pagues", dijo March.

El joven se echó a reír de repente. Ambas mujeres le miraron: March más bien sorprendida, como si apenas supiera que estaba allí.

"¿Por qué, pagas alguna vez en estas ocasiones?", preguntó.

"Oh, sí", dijo Banford. "Siempre lo hacemos. A veces he tenido que pasarle un chelín a la semana a Nellie, en invierno. En verano cuesta mucho menos".

"¿Qué, pagando por los pensamientos del otro?", se rió.

"Sí, cuando hemos llegado al final de todo lo demás".

Se rió rápidamente, arrugando la nariz como un cachorro y riendo con rápido placer, con los ojos brillantes.

"Es la primera vez que oigo algo así", dijo.

"Supongo que lo oirías con bastante frecuencia si te quedaras un invierno en la Granja Bailey", dijo Banford lamentándose.

"Entonces, ¿te cansas tanto?", preguntó.

"Tan aburrido", dijo Banford.

"¡Oh!", dijo con gravedad. "Pero, ¿por qué te aburres?"

"¿Quién no se aburriría?", dijo Banford.

"Lamento oír eso", dijo seriamente.

"Debes estarlo, si esperabas pasarlo bien aquí", dijo Banford.

Banford la miró larga y seriamente.

"Bueno", dijo, con su extraña y joven seriedad, "es bastante animado para mí".

"Me alegra oírlo", dijo Banford.

Y volvió a su libro. En su delgado y frágil cabello había ya muchas canas, aunque aún no había cumplido los treinta. El muchacho no bajó la vista, sino que la dirigió hacia March, que estaba sentada con la boca fruncida haciendo laborioso ganchillo, con los ojos muy abiertos y ausentes. Tenía una piel cálida, pálida y fina y una nariz delicada. Su boca fruncida tenía aspecto de arpía. Pero el aspecto de arpía se contradecía con el curioso arco levantado de sus cejas oscuras y la amplitud de sus ojos; una mirada de asombro y vaguedad. Estaba escuchando de nuevo al zorro, que parecía haberse alejado en la noche.

Bajo la luz de la lámpara, el muchacho estaba sentado con el rostro levantado, observándola en silencio, con los ojos redondos, muy claros e intensos. Banford, mordiéndose los dedos con irritación, lo miraba por debajo del pelo. Estaba sentado allí, perfectamente inmóvil, con la cara rubicunda inclinada hacia arriba desde el nivel bajo de la luz, en el límite de la penumbra, y observando con perfecta atención abstracta. De pronto, March levantó sus grandes ojos oscuros de su labor de ganchillo y lo vio. Se sobresaltó y lanzó una pequeña exclamación.

"¡Ahí está!", gritó involuntariamente, como si estuviera terriblemente asustada.

Banford miró asombrado, incorporándose.

"¿Qué te pasa, Nellie?", gritó.

Pero March, con el rostro enrojecido de un delicado color rosa, miraba hacia la puerta.

"Nada. Nada", dijo malhumorada. "¿No se puede hablar?"

"Sí, si hablas con sensatez", dijo Banford. "¿Qué has querido decir?"

"No sé lo que quise decir", gritó testificando March.

Nellie, espero que no te pongas nerviosa. Siento que no puedo soportar nada más. ¿A quién te referías? ¿Te referías a Henry?", gritó el pobre y asustado Banford.

"Sí. Supongo que sí", dijo March lacónicamente. Nunca le confesaría al zorro.

"Oh querido, mis nervios se han ido por esta noche," se lamentó Banford.

A las nueve en punto March trajo una bandeja con pan y queso y té - Henry había confesado que le gustaba una taza de té-. Banford bebió un vaso de leche y comió un poco de pan. Y pronto dijo:

"Me voy a la cama, Nellie, estoy muy nervioso esta noche. ¿Vienes?"

"Sí, voy en cuanto retire la bandeja", dijo March.

"Entonces no tardes", dijo Banford con inquietud. "Buenas noches, Henry. Verás que el fuego esté seguro, si subes el último, ¿no?"

"Sí, Srta. Banford, me ocuparé de que no haya peligro", contestó él de forma tranquilizadora.

March estaba encendiendo la vela para ir a la cocina. Banford cogió la vela y subió. Cuando March volvió al fuego, le dijo:

"Supongo que podemos confiar en ti para apagar el fuego y todo eso". Ella se quedó allí con la mano en la cadera y una rodilla suelta, la cabeza apartada tímidamente, como si no pudiera mirarle. Él tenía la cara levantada, observándola.

"Ven y siéntate un momento", dijo suavemente.

"No, ya me voy. Jill estará esperando y se enfadará si no voy".

"¿Qué te hizo saltar así esta noche?", preguntó.

"¿Cuándo salté?", replicó ella, mirándolo.

"Pues lo acabas de hacer", dijo él. "Cuando gritaste".

"¡Oh!", dijo ella. "¡Entonces! ¡Pensé que eras el zorro!" Y su cara se enroscó en una extraña sonrisa, medio irónica.

"¿El zorro! ¿Por qué el zorro?", preguntó en voz baja.

"Una tarde del verano pasado, cuando estaba fuera con la escopeta, vi al zorro en la hierba, casi a mis pies, mirándome fijamente. No sé, supongo que me impresionó". Volvió a apartar la cabeza y dejó un pie suelto, cohibida.

"¿Y le disparaste?", preguntó el chico.

"No, me dio un susto, me miró fijamente y luego dejó de mirarme por encima del hombro con una carcajada en la cara".

"¿Una carcajada!", repitió Henry, también riendo. "Te asustó, ¿verdad?"

"No, no me asustó. Me impresionó, eso es todo".

"Y pensaste que yo era el zorro, ¿verdad?", se rió, con la misma risita extraña y rápida, como la de un cachorro que arruga la nariz.

"Sí, así fue, por el momento", dijo ella. "Tal vez había estado en mi mente sin que yo lo supiera.

"Tal vez pienses que he venido a robarte las gallinas o algo así", dijo él, con la misma risa juvenil.

Pero ella sólo lo miró con ojos anchos, oscuros y vacíos.

"Es la primera vez que me toman por un zorro. ¿Quieres sentarte un momento?" Su voz era muy suave y engatusadora.

"No", dijo ella. "Jill estará esperando". Pero aún así no se fue, sino que se quedó con un pie suelto y la cara vuelta hacia un lado, justo fuera del círculo de luz.

"¿Pero no vas a responder a mi pregunta?", dijo él, bajando aún más la voz.

"No sé a qué pregunta te refieres".

"Sí que lo sabes. Claro que la sabes. Me refiero a que te cases conmigo".

"No, no responderé a esa pregunta", dijo ella rotundamente.

"¿No lo harás?" La risa joven y extraña volvió a aparecer en su nariz. "¿Es porque soy como el zorro? ¿Es por eso?" Y siguió riendo.

Ella se volvió y lo miró con una mirada larga y lenta.

"Yo no dejaría que eso te pusiera en mi contra", dijo. "Deja que baje la luz de la lámpara y siéntate un momento.

Puso su mano roja bajo el resplandor de la lámpara y de repente hizo la luz muy tenue. March permaneció en la penumbra, bastante sombrío, pero inmóvil. Se levantó silenciosamente sobre sus largas piernas. Y ahora su voz era extraordinariamente suave y sugerente, apenas audible.

"Quédate un momento", dijo. "Sólo un momento". Y le puso la mano en el hombro. Ella le volvió la cara. "Estoy seguro de que no piensas que soy como el zorro", dijo él, con la misma suavidad y con una sugerencia de risa en su tono, una sutil burla. "¿Ahora sí?" Y la atrajo suavemente hacia sí y le besó el cuello, suavemente. Ella se estremeció, tembló y se apartó. Pero su brazo fuerte y joven la sostuvo, y la besó suavemente otra vez, aún en el cuello, porque su cara estaba apartada.

"¿No vas a responder a mi pregunta? ¿No lo harás ahora?", fue su voz suave y persistente. Intentaba acercarla para besarle la cara. Y le besó suavemente la mejilla, cerca de la oreja.

En ese momento, se oyó la voz de Banford llamando desde el piso de arriba.

"¡Ahí está Jill!", gritó March, poniéndose en pie.

Y al hacerlo, rápido como un rayo, él la besó en la boca, con un beso rápido y rozante. Parecía que le quemaba cada fibra. Ella lanzó un extraño grito.

"Lo harás, ¿verdad? ¿Lo harás?", insistió él en voz baja.

"¡Nellie! ¡NELLIE! ¿Qué es lo que tanto anhelas?" fue el débil grito de Banford desde la oscuridad exterior.

Pero él la sujetaba con fuerza y murmuraba con aquella intolerable suavidad e insistencia:

"Lo harás, ¿verdad? Di que sí. Di que sí".

March, que sentía como si el fuego la hubiera atravesado y abrasado, y como si no pudiera hacer nada más, murmuró:

"¡Sí! ¡Sí! Todo lo que quieras. ¡Lo que quieras! ¡Sólo déjame ir! ¡Sólo déjame ir! Jill me llama.

"Sabes que lo prometiste", dijo insidiosamente.

"¡Sí! ¡Sí! Lo sé. Su voz se elevó de repente en un grito agudo. "Muy bien, Jill, ya voy."

Sobresaltado, la soltó y ella subió directamente.

Por la mañana, durante el desayuno, después de echar un vistazo a la casa y ocuparse del ganado y de pensar que aquí se podía vivir muy bien, le dijo a Banford:

"¿Sabe qué, Srta. Banford?"

"Bueno, ¿qué?", dijo el bondadoso y nervioso Banford.

Miró a March, que estaba untando mermelada en su pan.

"¿Se lo cuento?", le dijo.

Ella lo miró y su rostro se sonrojó.

"Sí, si te refieres a Jill", dijo. "Espero que no vayas hablando por todo el pueblo, eso es todo". Y tragó su pan seco con dificultad.

"¿Qué es lo que viene?" dijo Banford, levantando la vista con ojos muy abiertos, cansados y ligeramente enrojecidos. Era una mujer delgada y frágil, y su cabello, delicado y fino, estaba recogido, de modo que colgaba suavemente de su rostro ajado, entre castaño y gris.

"¿Por qué, qué piensas?" dijo él, sonriendo como quien tiene un secreto.

"¡Y yo qué sé!", dijo Banford.

"¿No lo adivinas?" dijo, poniendo ojos brillantes y sonriendo, satisfecho de sí mismo.

"Estoy seguro de que no. Es más, no voy a intentarlo".

"Nellie y yo vamos a casarnos".

Banford bajó el cuchillo de sus dedos finos y delicados, como si no fuera a cogerlo nunca más para comer. Se quedó mirando con los ojos en blanco y enrojecidos.

"¿Qué?", exclamó.

"Vamos a casarnos. ¿Verdad, Nellie?" y se volvió hacia March.

"Tú lo dices", dijo March lacónicamente. Pero de nuevo enrojeció con un rubor agónico. Ella tampoco podía tragar más.

Banford la miró como a un pájaro al que han disparado: un pobre pajarillo enfermo. La miró con toda su alma herida en el rostro, en el profundo sonrojo de March.

"¡Nunca!", exclamó, impotente.

"Está bien", dijo el joven brillante y regodeándose.

Banford apartó la cara, como si la vista de la comida sobre la mesa la pusiera enferma. Permaneció así unos instantes, como si estuviera enferma. Luego, con una mano en el borde de la mesa, se puso en pie.

"NUNCA lo creeré, Nellie", gritó. "¡Es absolutamente imposible!"

Su voz lastimera e inquieta tenía un hilo de ira y desesperación.

"¿Por qué? ¿Por qué no ibas a creerlo?", preguntó el joven con toda su suave y aterciopelada impertinencia en la voz.

Banford lo miró con sus ojos amplios y vagos, como si fuera una criatura de museo.

"Oh", dijo lánguidamente, "porque ella nunca puede ser tan tonta. No puede perder tanto el respeto por sí misma". Su voz era fría y lastimera, a la deriva.

"¿En qué sentido perderá su amor propio?", preguntó el muchacho.

Banford lo miró con vaga fijeza desde detrás de sus gafas.

"Si no lo ha perdido ya", dijo.

Se puso muy rojo, bermellón, bajo la mirada lenta y vaga de detrás de las gafas.

"No lo veo en absoluto", dijo.

"Probablemente no lo veas. No esperaba que lo viera -dijo Banford, con aquel tono de lejanía que hacía que sus palabras fueran aún más insultantes.

Se sentó rígido en su silla, mirando fijamente con ojos azules y ardientes su rostro escarlata. Una fea mirada se había dibujado en su frente.

"Vaya, no sabe en lo que se está metiendo", dijo Banford, con su voz lastimera, a la deriva, insultante.

"¿Qué tiene que ver contigo, de todos modos?" dijo el joven, de mal humor.

"Más de lo que tiene que ver contigo, probablemente", replicó ella, lastimera y venenosa.

"¡Ah, sí! No lo veo en absoluto", espetó él.

"No, no lo verías", respondió ella, a la deriva.

"De todos modos", dijo March, echándose el pelo hacia atrás y levantándose toscamente. "No sirve de nada discutirlo". Cogió el pan y la tetera y se marchó a la cocina.

Banford se pasó los dedos por la frente y el pelo, como si estuviera perpleja. Luego dio media vuelta y se marchó escaleras arriba.

Henry estaba sentado en su silla, rígido y malhumorado, con la cara y los ojos encendidos. March iba y venía, recogiendo la mesa. Pero Enrique seguía sentado, rígido de mal humor. No se fijó en ella. Había recuperado la compostura y su tez suave, uniforme y cremosa. Pero tenía la boca fruncida. Ella lo miraba cada vez que venía a tomar cosas de la mesa, lo miraba con sus ojos grandes y curiosos, más por curiosidad que por otra cosa. Un muchacho tan largo, de cara roja y malhumorada. Eso era todo lo que era. Parecía tan alejado de ella como si su cara roja fuera la chimenea roja de una casita al otro lado del campo, y ella lo miraba con la misma objetividad, con la misma lejanía.

Al final se levantó y salió al campo con la escopeta. No volvió hasta la hora de cenar, con el demonio todavía en la cara, pero con modales bastante educados. Nadie dijo nada en particular; se sentaron cada uno en la esquina aguda de un triángulo, en obstinada lejanía. Por la tarde volvió a salir enseguida con la pistola. Llegó al anochecer con un conejo y una paloma. Se quedó toda la noche, pero apenas abrió la boca. Estaba de muy mal humor, se sentía insultado.

Los ojos de Banford estaban enrojecidos, evidentemente había estado llorando. Pero sus modales eran más distantes y arrogantes que nunca; la forma en que volvía la cabeza si él hablaba, como si fuera un vagabundo o un

intruso inferior de esa clase, hizo que sus ojos azules se ennegrecieran de rabia. Su rostro parecía más enfurruñado. Pero nunca olvidaba su entonación cortés, si abría la boca para hablar. March parecía florecer en este ambiente. Parecía sentarse entre los dos antagonistas con una sonrisita malvada en la cara, divirtiéndose. Había incluso una especie de complacencia en la forma en que laboriosamente hacía ganchillo esta tarde.

Cuando estaba en la cama, el joven podía oír a las dos mujeres hablando y discutiendo en su habitación. Se sentó en la cama y aguzó el oído para oír lo que decían. Pero no oía nada, estaba demasiado lejos. Sin embargo, pudo oír el suave y lastimero goteo de la voz de Banford y la nota más grave de March.

La noche era tranquila, helada. Grandes estrellas chasqueaban fuera, más allá de las cimas de los pinos. Escuchó y escuchó. A lo lejos oyó el aullido de un zorro y los ladridos de los perros de las granjas. Pero no era eso lo que quería oír. Era lo que decían las dos mujeres.

Se levantó sigilosamente de la cama y se quedó junto a la puerta. Ya no oía nada más. Con mucho cuidado empezó a levantar el pestillo de la puerta. Al cabo de un rato abrió la puerta. Luego salió sigilosamente al pasillo. Los viejos tablones de roble estaban fríos bajo sus pies y crujían de forma absurda. Se arrastró muy, muy suavemente por el único escalón, junto a la pared, hasta situarse frente a la puerta. Allí contuvo la respiración y escuchó. La voz de Banford:

"No, simplemente no podría soportarlo. Estaría muerto en un mes. Que es justo lo que él pretendía, por supuesto. Ese sería su juego, verme en el cementerio. No, Nellie, si fueras a casarte con él, no podrías detenerte aquí. No podría vivir en la misma casa que él. El olor de su ropa me pone enferma. Y su cara roja me da vueltas. No puedo comer cuando él está en la mesa. Qué tonta fui al dejarle parar. Uno NUNCA debe tratar de hacer una acción amable. Siempre te sale el tiro por la culata".

"Bueno, sólo le quedan dos días más", dijo March.

"Sí, gracias al cielo. Y cuando se vaya, no volverá a entrar en esta casa. Me siento tan mal mientras está aquí. Y sé, sé que sólo cuenta lo que puede sacarte. Sé que eso es todo. Es un inútil que no quiere trabajar y que cree que vivirá de nosotros. Pero no vivirá de mí. Si eres tan tonto, es por tu

cuenta. La Sra. Burgess lo conoció todo el tiempo que estuvo aquí. Y el viejo nunca pudo conseguir que hiciera un trabajo fijo. Salía con la pistola en cada ocasión, igual que ahora. ¡Nada más que la pistola! Lo odio. No sabes lo que haces, Nellie, no lo sabes. Si te casas con él, te dejará en ridículo. Se irá y te dejará tirada. Sé que lo hará, si no puede sacarnos Bailey Farm, y no lo hará mientras yo viva. Mientras yo viva, nunca pondrá un pie aquí. Sé lo que sería. Pronto pensaría que nos domina a los dos, como ya piensa que te domina a ti".

"Pero no lo es", dijo Nellie.

"Cree que lo es. Y eso es lo que quiere: venir y ser el amo aquí. ¡Sí, imagínatelo! Para eso hemos reunido este lugar, para que nos mande y nos intimide un chico odioso y pelirrojo, un trabajador bestial. Oh, cometimos un error cuando lo dejamos parar. Nunca debimos rebajarnos. Y me he peleado con toda la gente de aquí para no rebajarme a su nivel. No, no vendrá aquí. Si no puede quedarse con el lugar, huirá a Canadá o a otra parte, como si nunca te hubiera conocido. Y aquí estarás, totalmente arruinada y en ridículo. Sé que nunca volveré a estar tranquila".

"Le diremos que no puede venir aquí. Le diremos eso", dijo March.

"Oh, no te molestes; voy a decirle eso, y otras cosas también, antes de que se vaya. No se saldrá con la suya mientras me queden fuerzas para hablar. Oh, Nellie, te despreciará, te despreciará, como la horrible bestia que es, si cedes ante él. No me fiaría más de él que de un gato que no roba. Es profundo, y mandón, y egoísta hasta la médula, frío como el hielo. Todo lo que quiere es aprovecharse de ti. Y cuando ya no le sirvas, entonces te compadezco."

"No creo que sea tan malo", dijo March.

"No, porque ha estado jugando contigo. Pero lo descubrirás si lo ves mucho. Nellie, no soporto pensarlo".

"No te hará daño, Jill, querida".

"¡Claro que no! ¿No es cierto? No volveré a tener un momento de paz mientras viva, ni un momento de felicidad. No, Nellie..." y Banford empezó a llorar amargamente.

El niño que estaba fuera podía oír el ahogado sonido de los sollozos de la mujer, y podía oír la suave, profunda y tierna voz de March consolando, con maravillosa dulzura y ternura, a la llorosa mujer.

Tenía los ojos tan redondos y abiertos que le parecía ver toda la noche, y las orejas casi le saltaban de la cabeza. Se quedó helado. Volvió arrastrándose a la cama, pero sentía como si se le fuera a caer la parte superior de la cabeza. No podía dormir. No podía estarse quieto. Se levantó, se vistió en silencio y salió al rellano una vez más. Las mujeres guardaban silencio. Bajó suavemente las escaleras y salió a la cocina.

Luego se puso las botas y el abrigo y cogió la pistola. No pensó en marcharse de la granja. No, sólo cogió la pistola. Con la mayor suavidad posible, abrió la puerta y salió a la helada noche de diciembre. El aire estaba en calma, las estrellas brillaban, los pinos parecían erizarse audiblemente en el cielo. Se alejó sigilosamente por una valla, buscando algo a lo que disparar. Al mismo tiempo recordó que no debía disparar y asustar a las mujeres.

Así que merodeó por el borde de la cubierta de aliagas y atravesó el bosquecillo de altos y viejos acebos hasta llegar a la linde del bosque. Allí bordeó la cerca, mirando a través de la oscuridad con ojos dilatados que parecían poder volverse negros y llenos de visión en la oscuridad, como los de un gato. Un búho ronroneaba lenta y lúgubrementemente alrededor de un gran roble. Se acercó sigilosamente con su arma, escuchando, escuchando, observando.

Mientras estaba de pie bajo los robles de la linde del bosque, oyó que los perros de la casa de campo vecina, colina arriba, gritaban repentina y sorprendentemente, y que los perros despiertos de las granjas de los alrededores les respondían ladrando. Y de repente le pareció que Inglaterra era pequeña y estrecha, que el paisaje era estrecho incluso en la oscuridad, y que había demasiados perros en la noche, haciendo un ruido como una valla de sonido, como la red de setos ingleses que tapan la vista. Sintió que el zorro no tenía ninguna posibilidad. Porque debía ser el zorro el que había iniciado todo este alboroto.

¿Por qué no vigilarlo? Sin duda vendría a husmear. El muchacho caminó cuesta abajo hasta donde la granja, con sus pocos pinos, se agazapaba negruzcamente. En el ángulo del largo cobertizo, en la negra oscuridad, se agachó. Sabía que vendría el zorro. Le parecía que sería el último de los zo-

rros en esta Inglaterra de ladridos estridentes y voz gruesa, apretada con innumerables casitas.

Permaneció sentado largo rato con los ojos fijos e inmutables en el portal abierto, donde parecía caer un poco de luz de las estrellas o del horizonte, quién sabe. Estaba sentado en un tronco, en un rincón oscuro, con la pistola sobre las rodillas. Los pinos crujían. Una vez una gallina se cayó de su percha en el granero con un fuerte *crawk* y *cackle* y conmoción que lo sobresaltó, y se levantó, observando con todos sus ojos, pensando que podría ser una rata. Pero sintió que no era nada. Así que volvió a sentarse con el arma sobre las rodillas y las manos recogidas para mantenerlas calientes, y los ojos fijos sin pestañear en el pálido alcance del portal abierto. Sintió que podía oler el olor caliente, enfermizo y rico de los pollos vivos en el aire frío.

Y entonces... una sombra. Una sombra que se deslizaba por el portal. Reunió toda su visión en una chispa concentrada, y vio la sombra del zorro, el zorro arrastrándose sobre su vientre a través del portal. Allí iba, sobre su vientre como una serpiente. El chico sonrió para sí y se llevó la pistola al hombro. Sabía muy bien lo que iba a pasar. Sabía que el zorro iría hasta donde estaba tapiada la puerta de las aves y olfatearía allí. Sabía que se quedaría allí un minuto, olfateando las aves. Y luego volvería a merodear bajo el borde del viejo granero, esperando para entrar.

La puerta de las aves estaba en lo alto de una ligera pendiente. Suave, suave como una sombra, el zorro se deslizó por esta pendiente y se agachó con la nariz pegada a las tablas. Y en el mismo momento se oyó el terrible estruendo de un arma que reverberó entre los viejos edificios, como si toda la noche se hubiera hecho añicos. Pero el muchacho observaba con agudeza. Vio incluso el vientre blanco del zorro mientras la bestia golpeaba sus patas en señal de muerte. Así que avanzó.

Había conmoción por todas partes. Las aves se arrastraban, los patos graznaban, el poni se había puesto en pie dando pisotones. Pero el zorro estaba de costado, luchando con sus últimos temblores. El muchacho se inclinó sobre él y olió su olor a zorro.

Se oyó el ruido de una ventana que se abría en el piso de arriba, y luego la voz de March llamando:

"¿Quién es?"

"Soy yo", dijo Henry; "He disparado al zorro".

"¡Oh, Dios! Casi nos matas del susto".

"¿Lo hice? Lo siento mucho".

"¿Qué te hizo levantarte?"

"Le oí por ahí."

"¿Y le has disparado?"

"Sí, está aquí", y el chico estaba en el patio sosteniendo al bruto muerto y caliente. "No lo ves, ¿verdad? Espera un momento". Sacó la linterna del bolsillo y la encendió sobre el animal muerto. Lo sujetaba por la maleza. March vio, en medio de la oscuridad, sólo el vellón rojizo y el vientre blanco y la parte inferior blanca de la barbilla puntiaguda, y las extrañas patas colgantes. No sabía qué decir.

"Es una belleza", dijo. "Te hará un pelaje precioso".

"A mí no me pillas con una piel de zorro", replicó ella.

"¡Oh!", dijo él. Y apagó la luz.

"Bueno, creo que ahora volverás a la cama", dijo ella.

"Probablemente lo haga. ¿Qué hora es?"

"¿Qué hora es, Jill?", dijo la voz de March. Era la una menos cuarto.

Esa noche March tuvo otro sueño. Soñó que Banford estaba muerto, y que ella, March, lloraba desconsoladamente. Luego tenía que poner a Banford en su ataúd. Y el ataúd era la tosca caja de madera en la que se guardaban los trozos de leña cortada en la cocina, junto al fuego. Éste era el ataúd, y no había otro, y March estaba en agonía y aturdida perplejidad, buscando algo con que forrar la caja, algo con que hacerla blanda, algo con que cubrir a la pobre y muerta querida. Porque no podía dejarla allí con su camisón blanco y delgado, en la horrible caja de madera. Así que buscó y buscó, y recogió una cosa tras otra, y las tiró a un lado en la agonía de la frustración del sueño. Y en su desesperación onírica, lo único que encontró que le sirviera fue una piel de zorro. Sabía que no estaba bien, que no era lo que debía tener. Pero era todo lo que pudo encontrar. Así que dobló el cepillo del zorro y colocó la cabeza de su querida Jill sobre él, rodeó la piel del zorro y

la colocó sobre el cuerpo, de modo que parecía que formaban un cobertor rubicundo y ardiente, y lloró y lloró, y al despertarse vio que las lágrimas le corrían por la cara.

Lo primero que hicieron ella y Banford por la mañana fue salir a ver al zorro. Henry lo había colgado de los talones en el cobertizo, con su pobre cepillo caído hacia atrás. Era un hermoso perro-zorro en la flor de la vida, con un hermoso y espeso pelaje de invierno: un precioso color rojo dorado, con gris a medida que pasaba hacia el vientre, y el vientre todo blanco, y un gran cepillo completo con una delicada punta negra y gris y blanco puro.

"¡Pobre bruto!", dijo Banford. "Si no fuera un desgraciado ladrón, uno sentiría lástima por él".

March no dijo nada, pero se quedó de pie con el pie a un lado, una cadera fuera; tenía la cara pálida y los ojos grandes y negros, mirando al animal muerto que estaba suspendido boca abajo. Blanco y suave como la nieve su vientre: blanco y suave como la nieve. Pasó la mano suavemente por él. Y su maravilloso cepillo negro estaba lleno y friccionaba, maravilloso. Ella pasó su mano por esto también, y tembló. Una y otra vez tomó entre sus dedos todo el pelaje de aquella gruesa cola, y pasó la mano lentamente hacia abajo. Maravillosa, afilada, gruesa, esplendorosa cola. Y estaba muerto. Frunció los labios y sus ojos se volvieron negros y vacíos. Luego cogió la cabeza con la mano.

Henry se acercaba caminando, así que Banford se alejó señalando con el dedo. March se quedó de pie, perpleja, con la cabeza del zorro en la mano. Se preguntaba, se preguntaba, se preguntaba por su largo y fino hocico. Por alguna razón le recordaba a una cuchara o a una espátula. Sentía que no podía entenderlo. La bestia era una bestia extraña para ella, incomprensible, fuera de su alcance. Tenía unos maravillosos bigotes plateados, como hilos de hielo. Y orejas puntiagudas con pelo dentro. ¡Pero esa larga, larga y delgada cuchara de nariz! - ¡Y los maravillosos dientes blancos debajo! Era para empujar hacia adelante y morder con ellos, profundo, profundo, profundo en la presa viva, para morder y morder la sangre.

"Es una belleza, ¿verdad?" dijo Henry, de pie.

"Oh sí, es un gran zorro. Me pregunto de cuántos pollos es responsable", respondió ella.

"De muchas. ¿Crees que es el mismo que viste en verano?"

"Creo que es muy probable", respondió ella.

Él la observaba, pero no podía entender nada de ella. En parte era tan tímida y virgen, y en parte era tan sombría, tan práctica, tan arpía. Lo que decía le parecía tan distinto de la mirada de sus ojos grandes, extraños y oscuros.

"¿Vas a despellejarlo?", preguntó.

"Sí, cuando desayune y tenga una tabla para clavarlo".

"¡Dios mío, qué olor tan fuerte tiene! ¡Pooo! Hay que lavarse las manos. No sé por qué fui tan tonta de tocarlo". Y se miró la mano derecha, que le había pasado por la barriga y la cola, y hasta le había manchado de sangre un lugar oscuro del pelaje.

"¿Has visto las gallinas cuando lo huelen, lo asustadas que están?", dijo.

"¡Sí, lo están!"

"Debes tener cuidado de no contagiarte de sus pulgas."

"¡Oh, pulgas!", respondió ella, indiferente.

Más tarde, vio la piel del zorro clavada en una tabla, como si lo hubieran crucificado. Le dio una sensación de inquietud.

El chico estaba enfadado. Iba con la boca cerrada, como si se hubiera tragado parte de la barbilla. Pero su comportamiento era educado y afable. No dijo nada de sus intenciones. Y dejó a March solo.

Esa noche se sentaron en el comedor. Banford ya no lo quería en su salón. Había un gran tronco en el fuego. Y todos estaban ocupados. Banford tenía cartas que escribir. March estaba cosiendo un vestido y él arreglando algún artilugio.

Banford dejaba de escribir cartas de vez en cuando para mirar a su alrededor y descansar la vista. El muchacho tenía la cabeza gacha, la cara oculta sobre su trabajo.

"Veamos", dijo Banford. "¿En qué tren vas, Henry?".

Él la miró fijamente.

"El tren de la mañana. Por la mañana", dijo.

"¿Qué, el de las ocho y diez o el de las once y veinte?"

"El de las once y veinte, supongo", dijo.

"¿Eso es pasado mañana?", dijo Banford.

"Sí, pasado mañana".

"¡Mm!" murmuró Banford, y volvió a su escritura. Pero mientras lamía su sobre, preguntó:

"¿Y qué planes has hecho para el futuro, si se puede saber?"

"¿Planes?", dijo él, con el rostro muy encendido y enfadado.

"Me refiero a ti y a Nellie, si sigues adelante con este asunto. ¿Cuándo esperas que se celebre la boda?". Hablaba en tono burlón.

"¡Oh, la boda!", respondió él. "No lo sé."

"¿No sabes nada?", dijo Banford. "¿Vas a irte el viernes y dejar las cosas como están?"

"Bueno, ¿por qué no? Siempre podemos escribir cartas".

"Sí, por supuesto. Pero quería saberlo por este lugar. Si Nellie se va a casar de repente, tendré que buscar un nuevo compañero".

"¿No podría quedarse aquí si se casara?", dijo él. Sabía muy bien lo que se avecinaba.

"Oh", dijo Banford, "este no es lugar para una pareja casada. Para empezar, no hay suficiente trabajo para mantener a un hombre. Y no se puede ganar dinero. Es inútil que pienses quedarte aquí si te casas. ¡Claro que no!"

"Sí, pero no pensaba quedarme aquí", dijo.

"Bueno, eso es lo que quiero saber. ¿Y qué hay de Nellie, entonces? ¿Cuánto tiempo va a estar aquí conmigo, en ese caso?"

Los dos antagonistas se miraron.

"Eso no puedo decirlo", respondió él.

"Oh, vete", gritó ella petulantemente. "Debes tener alguna idea de lo que vas a hacer, si le pides a una mujer que se case contigo. A menos que todo

sea un engaño".

"¿Por qué iba a ser un engaño? Me vuelvo a Canadá".

"¿Y te la llevas contigo?"

"Sí, desde luego.

"¿Oíste eso, Nellie?", dijo Banford.

March, que tenía la cabeza inclinada sobre su costura, levantó ahora la vista con un agudo rubor rosado en el rostro y una risa extraña y sardónica en los ojos y en la boca torcida.

"Es la primera vez que oigo que me voy a Canadá", dijo.

"Bueno, tienes que oírlo por primera vez, ¿no?", dijo el chico.

"Sí, supongo que sí", dijo ella con indiferencia. Y volvió a su costura.

"¿Estás lista para ir a Canadá? ¿Lo estás, Nellie?", preguntó Banford.

March volvió a levantar la vista. Dejó que sus hombros se aflojaran y que la mano que sostenía la aguja quedara suelta en su regazo.

"Depende de cómo vaya", dijo. "No creo que quiera ir atascada en el camarote, como la mujer de un soldado. Me temo que no estoy acostumbrada".

El chico la miró con ojos brillantes.

"¿Prefieres quedarte aquí mientras yo voy primero?", preguntó.

"Lo haría, si es la única alternativa", respondió ella.

"Es lo más sensato. No te comprometas a nada fijo", dijo Banford. "Déjate libre de ir o no cuando él haya vuelto y te haya encontrado un sitio, Nellie. Cualquier otra cosa es una locura".

"¿No crees", dijo la joven, "que deberíamos casarnos antes de que yo me vaya - y luego irnos juntos o separados, según como ocurra?"

"Creo que es una idea terrible", gritó Banford.

Pero el muchacho observaba a March.

"¿Qué te parece?", le preguntó.

Ella dejó que sus ojos se perdieran vagamente en el espacio.

"Bueno, no lo sé", dijo. "Tendré que pensarlo".

"¿Por qué?", preguntó él pertinentemente.

"¿Por qué? Ella repitió su pregunta de forma burlona y le miró riendo, aunque su cara volvía a estar rosada. "Creo que hay muchas razones".

Él la observó en silencio. Parecía que se le había escapado. Se había aliado con Banford contra él. Volvía a tener una mirada extraña y sardónica; se burlaba estoicamente de todo lo que él decía o la vida le ofrecía.

"Por supuesto", dijo, "no quiero presionarte para que hagas nada que no desees".

"Creo que no", gritó Banford indignado.

A la hora de dormir, Banford le dijo a March..:

"¿Me subes la bolsa caliente, Nellie?"

"Sí, lo haré", respondió March, con el tipo de falta de voluntad que tan a menudo mostraba hacia su amada pero insegura Jill.

Las dos mujeres subieron. Después de un rato March llamó desde lo alto de las escaleras: "Buenas noches, Henry. No bajaré. Te ocuparás de la lámpara y del fuego, ¿verdad?".

Al día siguiente, Henry iba de un lado a otro con una nube en la frente y la cara de su joven cachorro bien cerrada. No paraba de cavilar. Quería que March se casara con él y volviera a Canadá con él. Y estaba seguro de que ella lo haría. No sabía por qué la quería. Pero la quería. Se había fijado en ella. Y se convulsionó con la furia de un joven al verse frustrado. ¡Ser frustrado, ser frustrado! Se puso tan furioso que no sabía qué hacer consigo mismo. Pero se contuvo. Porque incluso ahora las cosas podían cambiar. Ella podría acercarse a él. Claro que podría. Era asunto suyo hacerlo.

Las cosas volvieron a tensarse hacia el anochecer. Él y Banford se habían evitado durante todo el día. De hecho, Banford fue a la pequeña ciudad en el tren de las 11:20. Era día de mercado. Ella llegó de vuelta en el de las 4.25. Justo cuando caía la noche, Henry vio su pequeña figura con un abrigo azul oscuro y un sombrero azul oscuro cruzando el primer prado desde la estación. Se detuvo bajo uno de los perales silvestres, con las viejas hojas

muertas alrededor de sus pies. Y observó la pequeña figura azul que avanzaba insistentemente por el áspero prado de invierno. Llevaba los brazos llenos de paquetes y avanzaba lentamente, frágil como era, pero con aquella diabólica certeza que él tanto detestaba en ella. Él permanecía invisible bajo el peral, observando cada uno de sus pasos.

Y si las miradas hubieran podido afectarla, habría sentido un tronco de hierro en cada uno de sus tobillos mientras avanzaba. "Eres una cosita desagradable", le decía en voz baja, a lo lejos. "Eres una cosita desagradable. Espero que te pague todo el daño que me has hecho por nada. Espero que lo hagas, pequeña cosa desagradable. Espero que tengas que pagar por ello. Lo harás, si los deseos son algo. Pequeña criatura desagradable que eres".

Subía lentamente la pendiente. Pero si ella hubiera retrocedido a cada paso hacia el Abismo sin Fondo, él no habría ido a ayudarla con sus paquetes. Ajá, allí iba March, dando largas zancadas con sus calzones y su túnica corta. Descendía a grandes zancadas, e incluso corría algunos pasos de vez en cuando, en su gran solicitud y deseo de acudir al rescate del pequeño Banford. El muchacho la observaba con rabia en el corazón. Verla saltar una zanja, y correr, correr como si una casa estuviera en llamas, ¡sólo para llegar hasta aquel pequeño objeto rastrero y oscuro de allí abajo! Así que los Banford se quedaron quietos y esperaron. March se acercó y se llevó TODOS los paquetes excepto un ramo de crisantemos amarillos. Los Banford todavía llevaban crisantemos amarillos.

"Sí, tienes buen aspecto, ¿verdad?", dijo suavemente en el aire del crepúsculo. "Tienes buen aspecto, paseando por ahí con un ramo de flores. Te las haría comer para el té si las abrazaras tan fuerte. Y te las daría para desayunar otra vez, lo haría. Te daría flores. Sólo flores".

Observó el progreso de las dos mujeres. Podía oír sus voces: March siempre franca y bastante regañona en su ternura, Banford murmurando vagamente. Evidentemente eran buenas amigas. No pudo oír lo que decían hasta que llegaron a la valla del prado, que debían escalar. Entonces vio a March trepando varonilmente por los barrotes con todos sus bultos en los brazos, y en el aire tranquilo oyó la inquietud de Banford:

"¿Por qué no me dejas ayudarte con los paquetes?" Tenía un tono de voz extraño y lastimero. Luego vino la voz robusta y temeraria de March:

"Oh, puedo arreglármelas. No te preocupes por mí. Tienes todo lo que puedes hacer para superarlo".

"Sí, eso está muy bien", dijo Banford con inquietud. "Dices: "No te preocupes por mí", y luego te sientes herida porque nadie piensa en ti".

"¿Cuándo me siento herido?", dijo March.

"Siempre. Siempre te sientes herido. Ahora te sientes herida porque no quiero que ese chico venga a vivir a la granja".

"No me siento herido en absoluto", dijo March. "Sé que lo estás. Cuando no esté, te enfadarás. Sé que lo harás".

"¿Lo haré?", dijo March. "Ya veremos.

"Sí, ya veremos, por desgracia. No puedo pensar cómo puedes ser tan tacaño. No puedo IMAGINAR cómo puedes rebajarte así".

"No me he rebajado", dijo March.

"No sé cómo lo llamas, entonces. Dejar que un chico como ése venga tan descarado e insolente y se burle de ti. No sé qué piensas de ti mismo. ¿Cuánto respeto crees que te tendrá después? Yo no estaría en tu lugar si te casaras con él".

"Claro que no. Mis botas son un poco demasiado grandes para ti, y ni la mitad de delicadas", dijo March, con un sarcasmo un tanto fallido.

"Pensé que tenías demasiado orgullo, de verdad. Una mujer tiene que mantenerse alta, especialmente con un joven como él. Es un insolente. Hasta la forma en que nos obligó al principio".

"Le pedimos que se quedara", dijo March.

"No hasta que casi nos obligó. Y luego es tan engreído y seguro de sí mismo. Mi palabra, me pone de espaldas. Simplemente no puedo imaginar cómo puedes dejar que te trate tan barato".

"No dejo que me trate barato", dijo March. "No te preocupes, nadie va a tratarme barato. Ni tú tampoco". Tenía un tierno desafío y cierto fuego en la voz.

"Sí, seguro que me pasará factura", dijo Banford con amargura. "Ese es siempre el final. Creo que sólo lo haces para fastidiarme".

Subieron en silencio por la empinada ladera cubierta de hierba y cruzaron la ceja, entre los arbustos de tojo. Al otro lado del seto, el muchacho los seguía en el crepúsculo, a cierta distancia. De vez en cuando, a través del enorme y antiguo seto de espino, convertido en árboles, veía a las dos figuras oscuras que se arrastraban colina arriba. Al llegar a la cima de la ladera, vio la granja oscura en el crepúsculo, con un enorme peral viejo inclinado sobre el frontón cercano y una pequeña luz amarilla parpadeando en las pequeñas ventanas laterales de la cocina. Oyó el tintineo del pestillo y vio que la puerta de la cocina se abría a la luz cuando las dos mujeres entraron. Así que estaban en casa.

Así que estaban en casa. - eso era lo que pensaban de él. Su naturaleza le permitía escuchar, así que no se sorprendió en absoluto de lo que oía. Las cosas que la gente decía de él siempre le extrañaban personalmente. Sólo le sorprendía la forma en que las mujeres se trataban entre sí. Y los Banford le desagradaban con una aversión ácida. Y volvió a sentirse atraído por la Marcha. Volvió a sentirse irresistiblemente atraído por ella. Sintió que había un vínculo secreto, un hilo secreto entre él y ella, algo muy exclusivo, que excluía a todos los demás y hacía que él y ella se poseyeran en secreto.

Volvió a desear que ella lo poseyera. Esperaba con la sangre repentinamente encendida que ella aceptara casarse con él muy pronto: en Navidad, muy probablemente. No faltaba mucho para Navidad. Quería, pasara lo que pasara, arrebatarse un matrimonio rápido y una consumación con él. Luego, para el futuro, podrían arreglarlo más tarde. Pero esperaba que ocurriera como él quería. Esperaba que esta noche ella se quedara un rato con él, después de que Banford hubiera subido. Esperaba poder tocar su mejilla suave y cremosa, su rostro extraño y asustado. Esperaba poder mirar sus ojos oscuros, dilatados y asustados, muy de cerca. Esperaba incluso poder ponerle la mano en el pecho y sentir sus suaves senos bajo la túnica. Su corazón latía profundo y fuerte al pensar en eso. Tenía muchas ganas de hacerlo. Quería cerciorarse de sus suaves pechos de mujer bajo la túnica. Siempre llevaba el abrigo de lino marrón abotonado hasta la garganta. Le parecía un secreto peligroso que sus suaves pechos de mujer estuvieran abotonados bajo aquel uniforme. Le parecía, además, que eran mucho más suaves, tiernos, encantadores y adorables, encerrados en aquella túnica, que los pechos de la Banford, bajo sus blusas suaves y sus vestidos de gasa. La Banford tendría unos pechos de hierro, se dijo. A pesar de toda su fragilidad, inquietud y de-

licadeza, tendría unos pechos de hierro diminutos. Pero March, bajo su túnica de obrero, tosca y rápida, tendría unos pechos suaves y blancos, blancos e invisibles. Eso se decía a sí mismo, y le ardía la sangre.

Cuando entró a tomar el té, se llevó una sorpresa. Apareció en la puerta interior, con la cara muy rubicunda y viva y los ojos azules brillantes, bajando la cabeza hacia delante al entrar, como de costumbre, y vacilando en el umbral para observar el interior de la habitación, aguda y cautelosamente, antes de entrar. Llevaba un chaleco de manga larga. Su rostro se parecía extraordinariamente a un trozo del exterior en el interior: como las bayas de acebo. En su segundo de pausa en el umbral, observó a las dos mujeres sentadas a la mesa, en extremos opuestos, y las vio con agudeza. Y para su asombro, March llevaba un vestido de crespón de seda verde apagado. Se quedó con la boca abierta. Si a ella le hubiera crecido de repente un bigote, él no podría haberse sorprendido más.

"¿Por qué", dijo, "llevas vestido, entonces?".

Ella levantó la vista, sonrojada de un intenso color rosa, y torciendo la boca con una sonrisa, dijo:

"Por supuesto que lo llevo. ¿Qué otra cosa esperas que lleve sino un vestido?".

"Un uniforme de campesina, por supuesto", dijo él.

"Oh", exclamó ella, despreocupada, "eso es sólo para este trabajo sucio y mugriento".

"¿No es tu vestimenta apropiada, entonces?" dijo él.

"No, no lo es en el interior", dijo ella. Pero no dejaba de sonrojarse mientras le servía el té. Él se sentó a la mesa, incapaz de apartar los ojos de ella. Su vestido era una sencilla prenda de crespón verde azulado, con una línea de pespuntos dorados en la parte superior y en las mangas, que llegaban hasta el codo. Su corte era liso y redondeado en la parte superior, y dejaba ver su garganta blanca y suave. Conocía sus brazos, fuertes y musculosos, porque la había visto a menudo con las mangas remangadas. Pero la miró de arriba abajo, de arriba abajo,

Banford, en el otro extremo de la mesa, no dijo una palabra, sino que jugueteó con la sardina de su plato. Se había olvidado de su existencia. Se li-

mitaba a mirar fijamente a March mientras comía su pan y su margarina a grandes bocados, olvidándose incluso de su té.

"¡Bueno, nunca supe que algo hiciera tanta diferencia!" murmuró, entre sus bocados.

"¡Oh, Dios!" gritó March, sonrojándose aún más. "¡Podría ser un mono rosa!"

Y se levantó rápidamente y llevó la tetera al fuego, a la tetera. Y mientras ella se acuclillaba en la chimenea con su bata verde alrededor, el muchacho la miraba con los ojos más abiertos que nunca. A través del crespón, su figura de mujer parecía suave y femenina. Y cuando se levantó y caminó, vio sus piernas moverse suavemente dentro de su falda modernamente corta. Llevaba medias de seda negra y pequeños zapatos de charol con pequeñas hebillas de oro.

No, era otro ser. Era algo muy diferente. Viéndola siempre con los pantalones de paño duro, anchos en las caderas, abotonados en la rodilla, fuertes como una armadura, y con los puttees marrones y las botas gruesas, nunca se le había ocurrido que tenía piernas y pies de mujer. Ahora se le ocurrió. Tenía las piernas suaves y faldas de una mujer, y era accesible. Se sonrojó hasta la raíz del pelo, metió la nariz en la taza de té y se lo bebió con un ruido que hizo que Banford se retorciera: y, extrañamente, de repente se sintió un hombre, ya no un joven. Se sintió un hombre, con todo el grave peso de la responsabilidad de un hombre. Una curiosa quietud y gravedad invadieron su alma. Se sintió un hombre, tranquilo, con un poco de la pesadez del destino masculino sobre él.

Su vestido era suave y accesible. El pensamiento se apoderó de él como una responsabilidad eterna.

"Oh, por el amor de Dios, que alguien diga algo", gritó Banford con inquietud. "Podría ser un funeral". El muchacho la miró, y ella no pudo soportar su rostro.

"¡Un funeral!", dijo March, con una sonrisa retorcida. "Vaya, eso rompe mi sueño".

De repente había pensado en Banford en la caja de madera como ataúd.

"¿Qué, has estado soñando con una boda?" dijo Banford sarcásticamente.

"Debe haber sido", dijo March.

"¿La boda de quién?", preguntó el muchacho.

"No me acuerdo", dijo March.

Aquella noche se sentía tímida y algo torpe, a pesar de que, al llevar vestido, su porte era mucho más moderado que con el uniforme. Se sentía sin ropa y bastante expuesta. Se sentía casi impropia.

Hablaron con desgana sobre la partida de Henry a la mañana siguiente y llegaron a un acuerdo trivial. Pero ninguno habló del asunto que les preocupaba. Estaban más bien tranquilos y amistosos aquella tarde; Banford no tenía prácticamente nada que decir. Pero en su interior parecía tranquila, tal vez amable.

A las nueve, March trajo la bandeja con el eterno té y un poco de fiambre que Banford había conseguido. Era la última cena, así que Banford no quería ser desagradable. Sintió un poco de lástima por el muchacho y pensó que debía ser lo más amable posible.

Él quería que se fuera a la cama. Normalmente era la primera. Pero siguió sentada en su silla bajo la lámpara, echando un vistazo a su libro de vez en cuando y mirando fijamente al fuego. Se había hecho un profundo silencio en la habitación. Lo rompió March preguntando, en un tono más bien bajo:

"¿Qué hora es, Jill?"

"Las diez y cinco", dijo Banford, mirándose la muñeca.

Y luego ni un ruido. El chico había levantado la vista del libro que sostenía entre las rodillas. Su cara, más bien ancha y en forma de gato, tenía su mirada obstinada, sus ojos estaban atentos.

"¿Qué hay de la cama?" dijo March al fin.

"Estoy listo cuando tú lo estés", dijo Banford.

"Oh, muy bien," dijo March. "Te llenaré la botella".

Cumplió su palabra. Cuando la botella de agua caliente estuvo lista, encendió una vela y subió con ella. Banford permaneció en su silla, escuchando atentamente. March volvió a bajar.

"Ahí estás", dijo. "¿Vas a subir?"

"Sí, en un minuto", dijo Banford. Pero el minuto pasó y ella siguió sentada en su silla bajo la lámpara.

Henry, cuyos ojos brillaban como los de un gato mientras observaba desde debajo de sus cejas, y cuyo rostro parecía más ancho, más regordete y gatuno por su inalterable obstinación, se puso ahora en pie para probar suerte.

"Creo que iré a ver si veo a la zorra", dijo. "Puede que se esté arrastrando. ¿No quieres venir un momento, Nellie, a ver si vemos algo?"

"¡Yo!" gritó March, mirando hacia arriba con su cara sorprendida y asombrada.

"Sí. Vamos", dijo él. Era maravilloso lo suave, cálida y reconfortante que podía ser su voz, lo cercana que resultaba. Su mero sonido hacía hervir la sangre de Banford. "Ven un momento", le dijo, mirándola a la cara levantada e insegura.

Y ella se levantó como atraída por el rostro joven y rubicundo que la miraba.

"¡Creo que nunca sales a estas horas de la noche, Nellie!", gritó Banford.

"Sí, sólo un minuto", dijo el muchacho, mirándola y hablando con un extraño y agudo aullido en la voz.

March miró de uno a otro, como confuso, vago. Banford se puso en pie de guerra.

"Vaya, es ridículo. Hace mucho frío. Te vas a morir con ese vestido tan fino. Y con esas zapatillas. No vas a hacer tal cosa."

Hubo una pausa. Banford se levantó como un gallo de pelea, mirando a March y al chico.

"Oh, no creo que debas preocuparte", respondió. "Un momento bajo las estrellas no le hará daño a nadie. Sacaré la alfombra del sofá del comedor. Tú vienes, Nellie".

Su voz tenía tanta ira, desprecio y furia cuando se dirigía a Banford, y tanta ternura y orgullosa autoridad cuando se dirigía a March, que éste

respondió:

"Sí, ya voy".

Y se volvió con él hacia la puerta.

Banford, de pie en medio de la habitación, estalló de repente en un largo lamento y un espasmo de sollozos. Se cubrió la cara con sus pobres y delgadas manos, y sus delgados hombros temblaron en una agonía de llanto. March miró hacia atrás desde la puerta.

"¡Jill!", gritó en un tono frenético, como alguien que acaba de despertarse. Y pareció lanzarse hacia su querida.

Pero el muchacho tenía agarrado el brazo de March y ella no podía moverse. No sabía por qué no podía moverse. Era como en un sueño, cuando el corazón se esfuerza y el cuerpo no puede moverse.

"No importa", dijo el chico en voz baja. "Déjala llorar. Déjala llorar. Tarde o temprano tendrá que llorar. Y las lágrimas aliviarán sus sentimientos. Le harán bien".

Y sacó a March lentamente por la puerta. Pero su última mirada fue hacia la pobre figurita que permanecía en medio de la habitación con el rostro cubierto y los delgados hombros sacudidos por el amargo llanto.

En el comedor cogió la alfombra y dijo:

"Abriégate con esto".

Ella obedeció -y llegaron a la puerta de la cocina, él sujetándola suave y firmemente por el brazo, aunque ella no lo sabía. Cuando vio la noche fuera, retrocedió.

"Debo volver con Jill", dijo. "¡DEBO HACERLO! Oh, sí, debo".

Su tono sonaba definitivo. El chico la soltó y ella se volvió hacia el interior. Pero él la agarró de nuevo y la detuvo.

"Espera un momento", le dijo. "Espera un momento. Aunque te vayas, aún no te vas".

"¡Vete! ¡Vete!", gritó ella. "Mi lugar está al lado de Jill. Pobrecita, está llorando desconsoladamente".

"Sí", dijo el chico amargamente. "Y tu corazón también, y el mío también."

"¿Tu corazón?" dijo March. Todavía la agarraba y la retenía.

"¿No es tan bueno como su corazón?", dijo. "¿O crees que no lo es?"

"¿Tu corazón?", volvió a decir ella, incrédula.

"¡Sí, el mío! ¡Mío! ¿Crees que no tengo corazón?" Y con su apretón ardiente le cogió la mano y se la apretó bajo el pecho izquierdo. "Ahí está mi corazón", dijo, "si no crees en él".

Fue el asombro lo que la hizo atender. Y entonces sintió el golpe profundo, pesado y poderoso de su corazón, terrible, como algo del más allá. Era como algo del más allá, algo horrible de fuera, que le hacía señales. Y la señal la paralizó. Golpeó su alma y la dejó indefensa. Olvidó a Jill. Ya no podía pensar en Jill. No podía pensar en ella. ¡Esa terrible señal del exterior!

El muchacho le rodeó la cintura con el brazo.

"Ven conmigo", dijo suavemente. "Ven y digamos lo que tenemos que decir."

La sacó fuera y cerró la puerta. Y ella fue con él por el oscuro sendero del jardín. ¡Que tuviera un corazón palpitante! ¡Y que la rodeara con el brazo, fuera de la manta! Estaba demasiado confusa para pensar quién era o qué era.

La llevó a un rincón oscuro del cobertizo, donde había una caja de herramientas con tapa, larga y baja.

"Nos sentaremos aquí un momento", le dijo.

Y ella, obediente, se sentó a su lado.

"Dame la mano", le dijo.

Ella le dio las dos manos y él las cogió entre las suyas. Era joven y le hizo temblar.

"Te casarás conmigo. Te casarás conmigo antes de que vuelva, ¿verdad?", suplicó.

"¿Por qué, no somos los dos un par de tontos?", dijo ella.

Él la había puesto en un rincón, para que no viera la ventana iluminada de la casa al otro lado del oscuro jardín. Intentó mantenerla dentro del cobertizo con él.

"¿De qué manera un par de tontos?", dijo. "Si vuelves a Canadá conmigo, tengo un trabajo y un buen sueldo esperándome, y es un sitio bonito, cerca de las montañas. ¿Por qué no te casas conmigo? ¿Por qué no casarnos? Me gustaría tenerte allí conmigo. Me gustaría sentir que tengo a alguien ahí, detrás de mí, toda mi vida".

"Encontrarías fácilmente a alguien que te sentara mejor", dijo.

"Sí, podría encontrar fácilmente a otra chica. Sé que podría. Pero no una que realmente quisiera. Nunca conocí a una que quisiera para siempre. Verás, pienso en toda mi vida. Si me caso, quiero sentir que es para toda la vida. Otras chicas: bueno, sólo son chicas, agradables con las que pasear de vez en cuando. Agradables para jugar un rato. Pero cuando pienso en mi vida, lamentaría mucho tener que casarme con una de ellas".

"Quieres decir que no serían una buena esposa".

"Sí, eso quiero decir. Pero no quiero decir que no cumplirían con su deber conmigo. Quiero decir... no sé lo que quiero decir. Sólo cuando pienso en mi vida, y en ti, entonces las dos cosas van juntas."

"¿Y si no lo hicieran?" dijo ella, con su extraño toque sardónico.

"Bueno, creo que sí".

Permanecieron un rato en silencio. Él le cogió las manos, pero no le hizo el amor. Desde que se había dado cuenta de que era una mujer, y vulnerable, accesible, una cierta pesadez se había apoderado de su alma. No quería hacerle el amor. Se negaba a hacerlo, casi con miedo. Era una mujer vulnerable, accesible para él, y se contuvo ante lo que le esperaba, casi con miedo. Era una especie de oscuridad en la que sabía que acabaría entrando, pero en la que aún no quería ni pensar. Ella era la mujer, y él era el responsable de la extraña vulnerabilidad que de pronto había percibido en ella.

"No", dijo al fin, "soy una tonta. Sé que soy una tonta".

"¿Por qué?", preguntó él.

"Para seguir con este asunto".

"¿Te refieres a mí?", preguntó él.

"No, me refiero a mí. Estoy haciendo el ridículo, y a lo grande".

"¿Por qué? ¿Porque no quieres casarte conmigo?"

"Oh, no sé si estoy en contra, de hecho. Eso es. No lo sé.

La miró en la oscuridad, perplejo. No sabía a qué se refería.

"¿Y no sabes si te gusta sentarte aquí conmigo en este momento o no?", le preguntó.

"No, la verdad es que no. No sé si me gustaría estar en otro sitio o si me gusta estar aquí. No lo sé, la verdad".

"¿Desearías estar con la Srta. Banford? ¿Desearías haberte acostado con ella?", preguntó él, como un desafío.

Ella esperó un largo rato antes de contestar:

"No", dijo al fin. "No lo deseo".

"¿Y crees que pasarías toda tu vida con ella, cuando tu pelo se vuelva blanco y seas viejo?", le preguntó él.

"No", dijo ella, sin dudarle mucho. "No veo a Jill y a mí dos viejas juntas".

"¿Y no crees que, cuando yo sea un anciano y tú una anciana, podríamos seguir juntos, como ahora?", dijo él.

"Bueno, no como ahora", respondió ella. "Pero podría imaginar... no, no puedo. No puedo imaginarte viejo. Además, ¡es espantoso!"

"¿Qué, ser un viejo?"

"Sí, claro.

"No cuando llegue el momento", dijo. "Pero no ha llegado. Sólo que llegará. Y cuando llegue, me gustaría pensar que tú también estarás allí".

"Una especie de pensión de vejez", dijo ella secamente.

Su humor siempre le sorprendía. Nunca sabía lo que quería decir. Probablemente ni ella misma lo sabía.

"No", dijo él, dolido.

"No sé por qué insistes en la vejez", dijo ella. "No tengo noventa años".

"¿Alguien ha dicho alguna vez que los tengas?", preguntó él, ofendido.

Se quedaron callados durante un rato, tirando por caminos diferentes en el silencio.

"No quiero que te burles de mí", dijo él.

"¿No quieres?", respondió ella, enigmática.

"No, porque en este momento hablo en serio. Y cuando hablo en serio, creo que no hay que burlarse".

"Quieres decir que nadie más debe burlarse de ti", contestó ella.

"Sí, eso quiero decir. Y quiero decir que yo tampoco creo en burlarme de ello. Cuando me pongo serio, entonces... ahí está, no quiero que se rían de mí".

Se quedó callada un rato. Luego dijo, con voz vaga, casi dolorida:

"No, no me estoy riendo de ti."

Una oleada de calor subió a su corazón.

"¿Me crees?", preguntó.

"Sí, te creo", respondió ella, con su vieja y cansada despreocupación, como si hubiera cedido porque estaba cansada. Pero a él no le importaba. Su corazón estaba caliente y clamoroso.

"¿Así que aceptas casarte conmigo antes de que me vaya? ¿Quizás en Navidad?"

"Sí, estoy de acuerdo."

"¡Ya está!", exclamó. "Ya está".

Y se sentó en silencio, inconsciente, con toda la sangre ardiendo en todas sus venas, como fuego en todas sus ramas y ramitas. Sólo apretó sus dos manos contra su pecho, sin saber. Cuando la curiosa pasión empezó a apagarse, pareció despertar al mundo.

"¿Entramos?", dijo, como si se diera cuenta de que hacía frío.

Ella se levantó sin contestar.

"Bésame antes de irnos, ahora que lo has dicho", dijo él.

Y la besó suavemente en la boca, con un beso joven y asustado. A ella también le hizo sentirse joven, asustada y asombrada, y cansada, cansada, como si fuera a dormirse.

Entraron en casa. Y en el salón, allí, agazapada junto al fuego como una extraña brujita, estaba Banford. Miró a su alrededor con los ojos enrojecidos cuando entraron, pero no se levantó. A él le pareció que tenía un aspecto aterrador, antinatural, agazapada allí y mirándolos. Pensó que su mirada era malvada y cruzó los dedos.

Banford vio el rostro rubicundo y eufórico del joven: parecía extrañamente alto, brillante y altivo. Y March tenía una mirada delicada; quería ocultar su rostro, apantallararlo, que no se viera.

"Por fin habéis venido", dijo Banford con fealdad.

"Sí, hemos venido", dijo él.

"Ya habéis tardado bastante", dijo ella.

"Sí, lo hemos hecho. Lo hemos decidido. Nos casaremos lo antes posible", respondió él.

"¡Oh, ya lo habéis decidido! Bueno, espero que no vivas para arrepentirte", dijo Banford.

"Yo también lo espero", respondió él.

"¿Te vas a la cama ahora, Nellie?", dijo Banford.

"Sí, me voy ahora".

"Entonces, por el amor de Dios, ven".

March miró al chico. La miraba a ella y a Banford con sus ojos brillantes. March lo miró con nostalgia. Deseaba quedarse con él. Deseó haberse casado ya con él y que todo hubiera terminado. Porque, de repente, se sentía tan segura con él. Se sentía extrañamente segura y tranquila en su presencia. Si tan sólo pudiera dormir en su refugio, y no con Jill. Tenía miedo de Jill. En su débil y tierno estado, era una agonía tener que ir con Jill y dormir con ella. Quería que el chico la salvara. Volvió a mirarle.

Y él, observándola con ojos brillantes, adivinó algo de lo que ella sentía. Le desconcertaba y le angustiaba que ella tuviera que irse con Jill.

"No olvidaré lo que me prometiste", le dijo, mirándola claramente a los ojos, directamente a los ojos, de modo que parecía ocuparse de sí mismo con su extraña y brillante mirada.

Ella le sonrió débilmente, con dulzura. Volvía a sentirse segura, segura con él.

Pero a pesar de todas las precauciones del muchacho, tuvo un contratiempo. La mañana en que iba a dejar la granja, consiguió que March lo acompañara a la ciudad del mercado, a unas seis millas de distancia, donde fueron al registro civil e inscribieron sus nombres como dos personas que iban a casarse. Él vendría en Navidad y la boda se celebraría entonces. Esperaba poder llevarse a March a Canadá en primavera, ya que la guerra había terminado. Aunque era tan joven, había ahorrado algo de dinero.

"Nunca te puede faltar ALGO de dinero en el fondo, si puedes evitarlo", dijo.

Así que ella lo vio partir en el tren que iba hacia el Oeste: su campamento estaba en Salisbury Plain. Y con ojos grandes y oscuros lo vio partir, y le pareció como si todo lo real en la vida retrocediera a medida que el tren se alejaba con su rostro extraño, regordete y rubicundo, que parecía tan ancho en las mejillas, y que nunca parecía cambiar de expresión, excepto cuando una nube de ira enfurruñada se cernía sobre la frente, o los ojos brillantes se fijaban en su mirada. Esto era lo que ocurría ahora. Se asomó a la ventanilla del vagón mientras el tren se alejaba, despidiéndose de ella y mirándola fijamente, pero con el rostro inmutable. No había ninguna emoción en su rostro. Sólo sus ojos se tensaron y se volvieron fijos e intensos en su mirada, como los de un gato cuando de repente ve algo y se queda mirando. Así que los ojos del chico se quedaron fijos mientras el tren se alejaba, y ella se sintió intensamente desamparada. A falta de su presencia física, parecía no tener nada de él. Y no tenía nada de nada. Sólo su rostro estaba fijo en su mente: las mejillas carnosas, rubicundas e inmutables, el hocico recto y los dos ojos que la miraban fijamente. Lo único que recordaba era cómo arrugaba de pronto la nariz cuando se reía, como hace un cachorro cuando gruñe juguetonamente. Pero de él, de sí mismo y de lo que era, ella no sabía nada, no tenía nada de él cuando la dejó.

El noveno día después de dejarla recibió esta carta.

Querido Henry,

He estado repasando todo en mi mente, este asunto mío y tuyo, y me parece imposible. Cuando no estás, me doy cuenta de lo tonta que soy. Cuando estás ahí parece que me ciegas a las cosas como realmente son. Me haces ver cosas irreales, y no sé qué. Luego, cuando vuelvo a estar a solas con Jill, parece que recobro el sentido común y me doy cuenta de lo tonta que soy y de lo injusta que soy contigo. Porque debe ser injusto para ti que yo siga con esta aventura cuando no puedo sentir en mi corazón que realmente te amo. Sé que la gente dice muchas cosas y tonterías sobre el amor, y yo no quiero hacer eso. Quiero ceñirme a los hechos y actuar con sensatez. Y eso me parece que no estoy haciendo. No sé en qué me baso para casarme contigo. Sé que no estoy locamente enamorada de ti, como creía estarlo de otros cuando era una joven tonta. Eres un absoluto extraño para mí, y me parece que siempre lo serás. Entonces, ¿en qué me basaré para casarme contigo? Cuando pienso en Jill, ella es diez veces más real para mí. La conozco y le tengo mucho cariño, y me odiaría como una bestia si alguna vez le hiciera daño en el dedo meñique. Tenemos una vida juntos. Y aunque no pueda durar para siempre, es una vida mientras dure. Y puede durar tanto como la vida de cualquiera de nosotros. ¿Quién sabe cuánto nos queda de vida? Ella es una cosita delicada, quizá nadie más que yo sepa lo delicada que es. Y en cuanto a mí, siento que podría caerme al pozo cualquier día. Lo que parece que no veo en absoluto es a ti. Cuando pienso en lo que he sido y lo que he hecho contigo, me temo que me faltan algunos tornillos. Lamentaría pensar que se me está ablandando el cerebro tan pronto, pero eso es lo que parece. Es usted un absoluto extraño, y tan diferente de lo que estoy acostumbrado, y no parece que tengamos nada en común. En cuanto al amor, la misma palabra parece imposible. Sé lo que significa el amor, incluso en el caso de Jill, y sé que en este asunto contigo es absolutamente imposible. Y luego ir a Canadá. Estoy segura de que estaba loca cuando prometí tal cosa. Me da bastante miedo de mí misma. Creo que podría hacer una tontería de la que no fuera responsable y acabar en un manicomio. Pensarás que es lo único para lo que sirvo después de lo que he hecho, pero no es una idea muy agradable para mí. Menos mal que Jill está aquí, y su presencia me hace recuperar la cordura, porque si no, no sé lo que podría hacer; podría tener un accidente con la pistola una noche. Amo a Jill, y ella

me hace sentir seguro y cuerdo, con su cariñosa ira contra mí por haber sido tan tonto. Bueno, lo que quiero decir es, ¿no nos dejarás llorar todo el asunto? No puedo casarme contigo, y de verdad, no haré tal cosa si me parece mal. Todo es un gran error. He hecho el ridículo, y lo único que puedo hacer es pedirte disculpas y que lo olvides, y que no me hagas caso. Su piel de zorro está casi lista, y parece estar bien, se la enviaré por correo si me dice si esta dirección sigue siendo correcta, y si acepta mis disculpas por la forma horrible y lunática en que me he comportado con usted, y entonces dejemos el asunto en paz.

Jill te envía sus más cordiales saludos. Su madre y su padre se quedan con nosotros en Navidad,

Atentamente,

ELLEN MARCH.

El chico leyó esta carta en el campamento mientras limpiaba su equipo. Apretó los dientes y por un momento se puso casi pálido, con los ojos amarillos de furia. No dijo nada, no vio nada y no sintió nada más que una rabia lívida que era totalmente irracional. ¡Se resistió! ¡Se resistió otra vez! Se resistió. Quería a la mujer, se había propuesto tenerla. Sentía que tener a esa mujer era su perdición, su destino y su recompensa. Ella era su cielo y su infierno en la tierra, y no la tendría en ningún otro lugar. Insensible a la rabia y a la locura frustrada, pasó la mañana. De no ser porque en su mente acechaba y maquinaba un asunto, habría cometido alguna locura. En el fondo de sí mismo sentía ganas de rugir y aullar y crujir los dientes y romper cosas. Pero era demasiado inteligente. Sabía que la sociedad estaba encima de él y que debía maquinar. Así que con los dientes apretados y la nariz curiosamente levantada, como una criatura viciosa, y los ojos fijos y fijos, pasó por los asuntos de la mañana ebrio de ira y supresión. En su mente sólo había una cosa: Banford. No prestó atención a la efusión de March: ninguna. Había una espina clavada en su mente. Banford. En su mente, en su alma, en todo su ser, una espina clavada hasta la locura. Y tendría que sacársela. Tendría que sacarse la espina de Banford de su vida, aunque muriera por ello.

Con esta idea fija en su mente, fue a pedir veinticuatro horas de permiso. Sabía que no le correspondía. Su conciencia era sobrenaturalmente aguda. Sabía adónde tenía que ir: a ver al capitán. Pero, ¿cómo llegar hasta el capi-

tán? En aquel gran campamento de cabañas y tiendas de madera no tenía ni idea de dónde estaba su capitán.

Pero fue a la cantina de oficiales. Allí estaba su capitán hablando con otros tres oficiales. Henry se quedó en la puerta en posición de firmes.

"¿Puedo hablar con el capitán Berryman?". El capitán era de Cornualles, como él.

"¿Qué desea?", preguntó el capitán.

"¿Puedo hablar con usted, capitán?"

"¿Qué quiere?", respondió el capitán, sin moverse de entre su grupo de compañeros.

Henry observó a su superior durante un minuto sin hablar.

"No me lo negará, señor, ¿verdad?", preguntó con gravedad.

"Depende de lo que sea".

"¿Puedo tener veinticuatro horas de permiso?"

"No, no tiene por qué pedirlo."

"Sé que no. Pero debo preguntártelo."

"Ya has tenido tu respuesta."

"No me eche, capitán."

Había algo extraño en el muchacho que permanecía de pie en la puerta. El capitán de Cornualles sintió la extrañeza de inmediato y lo miró astutamente.

"¿Qué pasa?", dijo, curioso.

"Tengo un problema. Debo ir a Blewbury", dijo el muchacho.

"Blewbury, ¿eh? ¿Por las niñas?"

"Sí, es una mujer, capitán". Y el muchacho, mientras permanecía allí con la cabeza un poco inclinada hacia delante, se puso de repente terriblemente pálido, o amarillo, y sus labios parecían desprender dolor. El capitán lo vio y palideció también un poco. Se volvió hacia un lado.

"Adelante, pues", dijo. "Pero, por el amor de Dios, no causes problemas de ningún tipo".

"No lo haré, capitán, gracias".

Y se fue. El capitán, disgustado, se tomó un gin-tonic. Henry consiguió alquilar una bicicleta. Eran las doce cuando salió del campamento. Tenía que recorrer sesenta millas de cruces húmedos y embarrados. Pero ya estaba montado en la bicicleta y recorriendo el camino sin pensar en la comida.

En la granja, March estaba ocupado con un trabajo que tenía desde hacía tiempo entre manos. Un grupo de abetos escoceses se alzaba al final del cobertizo abierto, en un pequeño ribazo por donde discurría la valla entre dos de los prados cubiertos de aulagas. El más lejano de aquellos árboles estaba muerto; había muerto en verano y permanecía con todas sus agujas marrones y secas en el aire. No era un árbol muy grande. Y estaba completamente muerto. Así que March decidió quedárselo, aunque no les estaba permitido cortar nada de la madera. Pero sería un fuego espléndido, en estos días de escasez de combustible.

Llevaba una semana o más cortando el tronco a hurtadillas, de vez en cuando durante cinco minutos, a poca altura, cerca del suelo, para que nadie se diera cuenta. No había probado la sierra, era un trabajo muy duro, sola. Ahora el árbol tenía una gran brecha en la base, posado sobre un solo tendón y a punto de caer. Pero no cayó.

Era el final de la húmeda tarde de diciembre, con nieblas frías saliendo del bosque y subiendo por las hondonadas, y la oscuridad esperando a hundirse desde arriba. Había un poco de amarillez donde el sol se desvanecía más allá de los bosques bajos de la distancia. March cogió su hacha y se acercó al árbol. El pequeño ruido sordo de sus golpes resonó bastante ineficaz en la invernal granja. Banford salió con su grueso abrigo puesto, pero sin sombrero en la cabeza, de modo que su delgado cabello ondeaba con el inquieto viento que sonaba en los pinos y en el bosque.

"Lo que temo", dijo Banford, "es que caiga sobre el cobertizo y tengamos otro trabajo reparándolo".

"Oh, no lo creo", dijo March, enderezándose y pasándose el brazo por la frente acalorada. Estaba sonrojada, sus ojos estaban muy abiertos y extra-

ños, su labio superior se levantaba de sus dos blancos dientes frontales con una mirada curiosa, casi de conejo.

Un hombrecillo corpulento, con abrigo negro y bombín, cruzó el patio dando tumbos. Tenía la cara sonrosada, barba blanca y ojos pequeños de color azul pálido. No era muy viejo, pero sí nervioso, y caminaba con pasitos cortos.

"¿Qué opina, padre?", dijo Banford. "¿No cree que podría golpear el cobertizo al caer?"

"¡Cobertizo, no!" dijo el viejo. "No puede golpear el cobertizo. También podría ser la valla".

"La valla no importa", dijo March, con su voz aguda.

"Me equivoco como siempre", dijo Banford, apartándose el pelo de los ojos.

El árbol se erguía sobre sí mismo, inclinado y crujiendo con el viento. Crecía en la orilla de una pequeña zanja seca entre los dos prados. En lo alto de la orilla había una valla que corría hacia los arbustos de la colina. Varios árboles se agrupaban allí, en la esquina del campo, cerca del cobertizo y de la puerta que daba al patio. Hacia esta puerta, horizontal a través de los cansados prados, llegaba la aproximación herbosa y llena de surcos desde el camino alto. Allí se extendía otra valla desvencijada, con largos postes hendidos que se unían a los montantes cortos, gruesos y separados. Las tres personas se situaron a la espalda del árbol, en la esquina del prado del cobertizo, justo encima de la puerta del patio. La casa, con sus dos hastiales y su porche, se erguía ordenada en un pequeño jardín de césped al otro lado del patio. Una mujer menuda, corpulenta y sonrosada, con un mantoncillo rojo de lana, había llegado y se había colocado en el porche.

"¿Aún no ha bajado?", gritó con una vocecita aguda.

"Lo estaba pensando", dijo su marido. Su tono hacia las dos chicas era siempre bastante burlón y satírico. March no quería seguir pegando mientras él estuviera allí. En cuanto a él, no levantaba un palo del suelo si podía evitarlo, quejándose, como su hija, de reumatismo en el hombro. Así que los tres permanecieron un momento en silencio en la fría tarde, en la esquina inferior cerca del patio.

Oyeron los lejanos golpecitos de una puerta y se inclinaron para mirar. Al otro lado, en la verde horizontal, una figura volvía a subirse a una bicicleta y se acercaba dando tumbos sobre la hierba.

"Vaya, es uno de nuestros chicos, es Jack", dijo el viejo.

"No puede ser", dijo Banford.

March levantó la cabeza para mirar. Sólo ella reconoció la figura caqui. Se sonrojó, pero no dijo nada.

"No, no creo que sea Jack", dijo el anciano, mirando fijamente con sus redondos ojos azules bajo sus blancas pestañas.

En otro momento, la bicicleta apareció a la vista y el ciclista se bajó en la puerta. Era Henry, con la cara mojada, roja y manchada de barro. Era todo un espectáculo de barro.

"¡Oh!" gritó Banford, como asustado. "¡Es Henry!"

"¿Qué?" murmuró el viejo. Tenía una forma de hablar gruesa, rápida y murmurante, y estaba ligeramente sordo. "¿Qué? ¿Quién es? ¿Quién es? ¿Quién dices que es? ¿Ese joven? ¿Ese joven de Nellie? ¡Oh! ¡Oh!" Y la sonrisa satírica apareció en su rostro rosado y sus blancas pestañas.

Henry, apartándose el pelo mojado de la frente humeante, los había visto y había oído lo que decía el viejo. Su rostro joven y ardiente parecía arder bajo la fría luz.

"¡Oh, estáis todos ahí!", dijo, soltando su repentina risita de cachorro. Estaba tan acalorado y aturdido por el ciclismo que apenas sabía dónde estaba. Apoyó la bicicleta contra la valla y se encaramó a la esquina de la orilla, sin entrar en el patio.

"Bueno, debo decir que no te esperábamos", dijo Banford lacónicamente.

"No, supongo que no", dijo él, mirando a March.

Ella estaba de pie a un lado, floja, con una rodilla caída y el hacha apoyando flojamente la cabeza en el suelo. Tenía los ojos muy abiertos y vacíos, y el labio superior levantado sobre los dientes en esa mirada de conejo impotente y fascinado. En cuanto vio su cara roja y brillante, todo había terminado para ella. Estaba tan indefensa como si la hubieran atado. En el mo-

mento en que vio la forma en que su cabeza parecía extenderse hacia adelante.

"Bueno, ¿quién es? ¿Quién es?", preguntó el viejo sonriente y satírico con su voz murmurante.

"Pues, el Sr. Grenfel, de quien nos ha oído hablar, padre", dijo Banford fríamente.

"Oído hablar de él, creo que sí. Prácticamente no he oído hablar de otra cosa", murmuró el anciano, con su extraña sonrisa burlona en el rostro. "Mucho gusto", añadió, tendiendo de pronto la mano a Henry.

El muchacho le estrechó la mano con el mismo sobresalto. Luego los dos hombres se separaron.

"¿Has venido en bicicleta desde Salisbury Plain?", preguntó el viejo.

"Sí.

"¿Hm! Un viaje largo. ¿Cuánto tiempo te llevó? Algún tiempo, ¿eh? Varias horas, supongo".

"Unas cuatro."

"¿Eh? ¡Cuatro! Sí, eso pensaba. ¿Cuándo vuelves, entonces?"

"Tengo hasta mañana por la tarde."

"Hasta mañana por la tarde, ¿eh? Sí. ¡Hm! Las chicas no te esperaban, ¿verdad?"

Y el viejo giró sus ojos redondos y pálidos bajo sus blancas pestañas burlonamente hacia las chicas. Henry también miró a su alrededor. Se había vuelto un poco torpe. Miró a March, que seguía mirando a lo lejos, como si quisiera ver dónde estaba el ganado. Tenía la mano en el pomo del hacha, cuya cabeza descansaba floja en el suelo.

"¿Qué hacías ahí?", preguntó con su voz suave y cortés. "¿Cortando un árbol?"

March parecía no oír, como en trance.

"Sí", dijo Banford. "Llevamos en ello más de una semana".

"¡Oh! ¿Y lo habéis hecho todo vosotros solos?"

"Nellie lo ha hecho todo, yo no he hecho nada", dijo Banford.

"¿De verdad? Debes haber trabajado muy duro", dijo, dirigiéndose en un curioso tono suave directamente a March. Ella no contestó, sino que permaneció con la mirada perdida en el bosque, como en trance.

"¡NELLIE!", gritó Banford bruscamente. "¿No puedes contestar?"

"¿Qué... yo?", gritó March, dándose la vuelta y mirando de uno a otro. "¿Me ha hablado alguien?"

"¡Soñando!" murmuró el viejo, volviéndose hacia un lado para sonreír. "¿Debes estar enamorado, eh, soñando de día!"

"¿Me has dicho algo?" dijo March, mirando al muchacho como desde una extraña distancia, con los ojos muy abiertos y dubitativos, el rostro delicadamente enrojecido.

"Dije que debías haber trabajado mucho en el árbol", respondió él cortésmente.

"¡Oh, eso! Poco a poco. Pensé que ya se habría caído".

"Agradezco que no se haya caído en la noche, para matarnos del susto", dijo Banford.

"Déjame terminarlo por ti, ¿quieres?", dijo el chico.

March inclinó el hacha en su dirección.

"¿Te gustaría?", dijo.

"Sí, si lo deseas", dijo.

"Oh, estoy agradecido cuando la cosa cae, eso es todo", respondió ella, indiferente.

"¿Hacia dónde va a caer?", dijo Banford. "¿Chocará contra el cobertizo?"

"No, no le dará al cobertizo", dijo él. "Creo que caerá allí, está claro. Aunque podría torcerse y golpear la valla".

"¡Coger la valla!", gritó el viejo. "¿Qué? ¡Atrapar la valla! ¿Cuando está inclinada en ese ángulo? Está más lejos que el cobertizo. No alcanzará la valla".

"No", dijo Henry, "no creo que lo haga. Tiene mucho espacio para caer, y supongo que caerá".

"No caerá de espaldas sobre nosotros, ¿verdad?", preguntó el viejo, sarcástico.

"No, no lo hará", dijo Henry, quitándose el abrigo corto y la túnica. "¡Patos! ¡Patos! Atrás!"

Una hilera de cuatro patos pardos, guiados por un pato pardo y verde, se alejaban cuesta abajo de la pradera superior, como barcas que corren sobre un mar agitado, avanzando a toda velocidad hacia la valla y hacia el pequeño grupo de gente, y cacareando tan excitados como si trajeran noticias de la Armada Española.

"¡Tonterías! Tonterías!", gritó Banford, adelantándose para detenerlos. Pero se le acercaron ansiosos, abriendo sus picos amarillo-verdosos y graznando como si estuvieran tan emocionados por decir algo.

"No hay comida. Aquí no hay nada. Debéis esperar un poco", les dijo Banford. "Váyanse. Váyanse. Vayan al patio".

No se fueron, así que se subió a la valla para desviarlos por debajo de la puerta y llevarlos al patio. Así que se agitaron en una excitada cadena una vez más, moviendo sus traseros como los tallos de pequeñas góndolas, agachándose bajo la barra de la puerta. Banford estaba en lo alto de la orilla, justo por encima de la valla, mirando a los otros tres.

Henry levantó la vista hacia ella y se encontró con sus ojos extraños, de redondas pupilas y débiles, que miraban fijamente detrás de sus gafas. Se quedó inmóvil. Apartó la mirada hacia el débil árbol inclinado. Y mientras miraba al cielo, como un cazador que observa un pájaro volando, pensó para sí: "Si el árbol cae de tal manera, y gira tanto como cae, entonces la rama de allí la golpeará exactamente cuando esté en lo alto de ese banco".

Volvió a mirarla. Ella volvía a secarse el pelo de la frente, con aquel gesto perpetuo. En su corazón había decidido su muerte. Una terrible fuerza inmóvil parecía en él, y un poder que era sólo suyo. Si se desviaba un pelo en la dirección equivocada, perdería el poder.

"Tenga cuidado, Srta. Banford", dijo. Y su corazón se mantuvo perfectamente quieto, en la terrible y pura voluntad de que ella no se moviera.

"¿Quién, yo, cuidarme?", gritó ella, con el tono burlón de su padre en la voz. "¿Por qué, crees que podrías golpearme con el hacha?"

"No, aunque es posible que el árbol lo haga", respondió él con sobriedad. Pero el tono de su voz le pareció a ella que sólo estaba siendo falsamente solícito, y tratando de hacer que ella se moviera porque era su voluntad moverla.

"Absolutamente imposible", dijo ella.

Él la oyó. Pero se quedó helado, para no perder su poder.

"No, sólo es posible. Será mejor que bajes por aquí".

"De acuerdo. Veamos cómo se talan los árboles en Canadá", replicó ella.

"Listo, entonces", dijo, tomando el hacha, mirando a su alrededor para ver que estaba despejado.

Hubo un momento de suspense puro e inmóvil, en el que el mundo pareció detenerse. Entonces, de repente, su forma pareció resplandecer enorme y temible, dio dos golpes rápidos y fulgurantes, en sucesión inmediata, el árbol fue cortado, girando lentamente, dando vueltas extrañas en el aire y cayendo como una oscuridad repentina sobre la tierra. Nadie vio lo que ocurría, excepto él mismo. Nadie oyó el extraño gritito que profirió Banford cuando el oscuro extremo de la rama se abatió sobre ella. Nadie la vio agacharse un poco y recibir el golpe en la nuca. Nadie la vio salir despedida hacia fuera y quedar tendida, como un pequeño montón retorcido, al pie de la valla. Nadie excepto el muchacho. Y él la observó con ojos intensamente brillantes, como observaría a un ganso salvaje al que hubiera disparado. ¿Tenía alas o estaba muerto? Muerto.

Inmediatamente dio un fuerte grito. Inmediatamente March dio un chillido salvaje que llegó lejos, muy lejos por la tarde. Y el padre lanzó un extraño bramido.

El niño saltó la valla y corrió hacia la orilla. La nuca y la cabeza eran una masa de sangre, de horror. Le dio la vuelta. El cuerpo se estremecía con pequeñas convulsiones. Pero estaba muerta de verdad. Él lo sabía, que era así. Lo sabía en su alma y en su sangre. La necesidad interior de su vida se estaba cumpliendo, era él quien debía vivir. Se sacó la espina de las entrañas. Así que la bajó suavemente. Estaba muerta.

Se levantó. March estaba allí petrificada y absolutamente inmóvil. Su cara estaba blanca como la muerte, sus ojos eran grandes charcos negros. El viejo se revolvía horriblemente sobre la valla.

"Me temo que la ha matado", dijo el chico.

El anciano emitía curiosos ruidos mientras se acurrucaba sobre la valla. "¡Qué!" gritó March, arrancando eléctrico.

"Sí, tengo miedo", repitió el chico.

March se acercaba. El chico estaba por encima de la valla antes de que ella llegara.

"¿Qué dices, la mataste?", preguntó con voz aguda.

"Me temo que sí", respondió él en voz baja.

Ella se puso aún más blanca, temerosa. Los dos estaban uno frente al otro. Sus ojos negros lo miraron con la última mirada de resistencia. Y entonces, en un último y agónico fracaso, empezó a llorar con el temblor de un niño que no quiere llorar, pero que es golpeado por dentro, y da ese pequeño primer estremecimiento de sollozo que aún no es llanto, seco y temeroso.

Él había ganado. Ella se quedó allí absolutamente indefensa, sacudiendo sus sollozos secos y su boca temblando rápidamente. Y entonces, como en un niño, con un pequeño estruendo llegaron las lágrimas y la agonía ciega del llanto sin visión. Se desplomó sobre la hierba y permaneció sentada con las manos sobre el pecho y el rostro levantado en un llanto convulso y sin visión. Él estaba de pie sobre ella, mirándola, mudo, pálido y de aspecto eterno. No se movía, sólo la miraba. Y entre toda la tortura de la escena, la tortura de su propio corazón e intestinos, se alegró, había vencido.

Después de un largo rato, se inclinó hacia ella y le cogió las manos.

"No llores", le dijo en voz baja. "No llores."

Ella le miró con los ojos llenos de lágrimas, una mirada insensata de impotencia y sumisión. Le miró como si no viera nada, pero sin dejar de mirarle. Nunca volvería a dejarle. La había conquistado. Y él lo sabía y se alegraba, porque la quería para toda su vida. Su vida debía tenerla. Y ahora la había ganado. Era lo que su vida debía tener.

Pero si la había ganado, aún no la tenía. Se casaron en Navidad, como él había planeado, y volvió a tener diez días de permiso. Fueron a Cornualles, a su pueblo, en el mar. Se dio cuenta de que era horrible para ella seguir en la granja.

Pero aunque le pertenecía, aunque vivía a su sombra, como si no pudiera estar lejos de él, no era feliz. No quería dejarlo y, sin embargo, no se sentía libre con él. Todo a su alrededor parecía observarla, parecía presionarla. La había conquistado, la tenía con él, era su mujer. Y ella le pertenecía, lo sabía. Pero no estaba contenta. Y él seguía frustrado. Se dio cuenta de que, aunque estaba casado con ella y la poseía de todas las formas posibles, aparentemente, y aunque ella QUERÍA que la poseyera, lo deseaba, no quería otra cosa, ahora, seguía sin conseguirlo.

Algo faltaba. En lugar de que su alma se balanceara con nueva vida, parecía decaer, sangrar, como si estuviera herida. Se sentaba largo rato con la mano en la suya, mirando al mar. Y en sus ojos oscuros y vacíos había una especie de herida, y su rostro parecía un poco picado. Si él le hablaba, ella se volvía hacia él con una nueva y débil sonrisa, la extraña y temblorosa sonrisita de una mujer que ha muerto en la antigua forma de amar y no puede adaptarse a la nueva. Aún sentía que debía hacer algo, esforzarse en alguna dirección. Y no había nada que hacer, ni ninguna dirección en la que esforzarse. Y no podía aceptar la inmersión en la que su nuevo amor la sumía. Si estaba enamorada, debía ESFUERZARSE, de alguna manera, amando. Sentía la cansada necesidad de nuestros días de ESFUERZARSE en el amor. Pero sabía que, de hecho, no debía esforzarse más en el amor. No quería el amor que se ejercía hacia él. Le ennegrecía la frente. No, no la dejaría ejercer su amor hacia él. No, ella tenía que ser pasiva, consentir y sumergirse bajo la superficie del amor. Tenía que ser como las algas que veía cuando miraba desde la barca, balanceándose siempre delicadamente bajo el agua, con todas sus delicadas fibrillas tiernamente extendidas sobre la inundación, sensibles, totalmente sensibles y receptivas dentro del mar sombrío, y nunca, nunca elevándose y mirando por encima del agua mientras vivieran. Jamás. Nunca miraron fuera del agua hasta que murieron, y sólo entonces se lavaron, cadáveres, sobre la superficie. Pero mientras vivieron, siempre sumergidos, siempre bajo la ola. Bajo la ola podían tener raíces poderosas, más fuertes que el hierro; podían ser tenaces y peligrosas en su suave ondular dentro de la inundación. Bajo el agua podían ser más

fuertes, más indestructibles que los resistentes robles en tierra. Pero siempre estaba bajo el agua, siempre bajo el agua. Y ella, siendo mujer, debía ser así.

Y había estado tan acostumbrada a todo lo contrario. Había tenido que cargar con todo el peso del amor y de la vida, y con toda la responsabilidad. Día tras día había sido responsable del día siguiente, del año siguiente: de la salud, la felicidad y el bienestar de su querida Jill. Verdaderamente, a su pequeña manera, se había sentido responsable del bienestar del mundo. Y éste había sido su gran estímulo, este gran sentimiento de que, en su pequeña esfera, era responsable del bienestar del mundo.

Y había fracasado. Sabía que, incluso a su pequeña manera, había fracasado. No había logrado satisfacer su propio sentimiento de responsabilidad. Era tan difícil. Al principio parecía tan grandioso y fácil. Y cuanto más lo intentabas, más difícil te resultaba. Parecía tan fácil hacer feliz a una amada criatura. Y cuanto más lo intentabas, peor era el fracaso. Era terrible. Llevaba toda la vida alcanzando, alcanzando, y lo que alcanzaba parecía estar tan cerca, hasta que se había estirado al máximo. Y entonces siempre estaba más allá de ella.

Siempre más allá de ella, vagamente, irrealizadamente más allá de ella, y al final se quedaba en la nada. La vida a la que aspiraba, la felicidad a la que aspiraba, el bienestar al que aspiraba, todo retrocedía, se volvía irreal cuanto más estiraba la mano. Quería alguna meta, algo definitivo, y no lo había. Siempre este espantoso alcanzar, alcanzar, esforzarse por algo que podría estar más allá. Incluso para hacer feliz a Jill. Se alegró de que Jill estuviera muerta. Porque se había dado cuenta de que nunca podría hacerla feliz. Jill siempre se sentiría cada vez más delgada, cada vez más débil. Sus dolores empeoraban en vez de disminuir. Sería así para siempre. Se alegraba de estar muerta.

Y si Jill se hubiera casado con un hombre, habría sido lo mismo. La mujer esforzándose, esforzándose por hacer feliz al hombre, esforzándose dentro de sus propios límites por el bienestar de su mundo. Y siempre fracasando. Pequeños y tontos éxitos en dinero o en ambición. Pero en el punto en el que más deseaba el éxito, en el angustioso esfuerzo por hacer feliz y perfecto a algún ser humano amado, allí el fracaso era casi catastrófico. Querías hacer feliz a tu amado, y su felicidad parecía siempre alcanzable. Si tan sólo

hicieras esto, aquello y lo otro. Y hacías esto, aquello y lo otro, de buena fe, y cada vez el fracaso era un poco más espantoso. Podías amarte a ti mismo y esforzarte y esforzarte hasta los huesos, y las cosas iban de mal en peor, de mal en peor, en cuanto a la felicidad. El terrible error de la felicidad.

Pobre March, en su buena voluntad y su responsabilidad, se había esforzado hasta que le pareció que toda la vida y todo era sólo un horrible abismo de nada. Cuanto más te esforzabas por alcanzar la flor fatal de la felicidad, que tiembla tan azul y hermosa en una grieta más allá de tu alcance, tanto más temerosamente te dabas cuenta del abismo espantoso y terrible del precipicio que tienes debajo, en el que inevitablemente te precipitarás, como en el pozo sin fondo, si llegas más lejos. Arrancas una flor tras otra, pero nunca es LA flor. La flor misma, su cáliz, es un abismo horrible, es el pozo sin fondo.

Esa es toda la historia de la búsqueda de la felicidad, ya sea la tuya propia o la de otra persona que quieres ganar. Termina, y siempre termina, en la espantosa sensación de la nada sin fondo en la que inevitablemente caerás si te esfuerzas más.

¿Y las mujeres? - ¿Qué meta puede concebir una mujer, excepto la felicidad? Sólo la felicidad para sí misma y para todo el mundo. Eso y nada más. Y así, asume la responsabilidad y se encamina hacia su meta. Puede verla allí, al pie del arco iris. O puede verlo un poco más allá, en la distancia azul. No está lejos, no está lejos.

Pero el final del arco iris es un abismo sin fondo por el que puedes caer eternamente sin llegar, y la distancia azul es un pozo vacío que puede tragarte a ti y a todos tus esfuerzos en su vacío, y aún así no estar más vacío. Tú y todos tus esfuerzos. Así que, ¡la ilusión de la felicidad alcanzable!

Pobre March, había partido tan maravillosamente hacia la meta azul. Y cuanto más y más lejos había ido, más temerosa se había vuelto la comprensión del vacío. Una agonía, una locura al fin.

Se alegró de que hubiera terminado. Se alegró de sentarse en la orilla y mirar hacia el oeste sobre el mar, y saber que la gran tensión había terminado. Nunca más se esforzaría por el amor y la felicidad. Y Jill estaba muerta. Pobre Jill, pobre Jill. Debe ser dulce estar muerta.

Por su parte, la muerte no era su destino. Tendría que dejar su destino al muchacho. Pero entonces, el muchacho. Él quería más que eso. Quería que ella se entregara sin defensas, que se hundiera y se sumergiera en él. Y ella... ella quería quedarse quieta, como una mujer en el último hito, y mirar. Quería ver, saber, comprender. Quería estar sola: con él a su lado.

¡Y él! Él ya no quería que mirara, que viera, que comprendiera. Quería velar su espíritu de mujer, como los orientales velan el rostro de la mujer. Quería que se entregara a él y que durmiera su espíritu independiente. Quería quitarle todo su esfuerzo, todo lo que parecía su razón de ser. Quería que se sometiera, que se rindiera, que abandonara ciegamente toda su extenuante conciencia. Quería arrebatarse su conciencia y hacerla sólo su mujer. Sólo su mujer.

Y ella estaba tan cansada, tan cansada, como un niño que quiere dormirse, pero que lucha contra el sueño como si el sueño fuera la muerte. Parecía estirar más los ojos en el obstinado esfuerzo y tensión de mantenerse despierta. DEBERÍA mantenerse despierta. SABRÍA. Consideraría, juzgaría y decidiría. Tendría las riendas de su propia vida entre sus manos. Sería una mujer independiente hasta el final. Pero estaba tan cansada, tan cansada de todo. Y el sueño parecía estar cerca. Y había tanto descanso en el niño.

Sin embargo, allí, sentada en un nicho de los altos y salvajes acantilados del oeste de Cornualles, mirando el mar hacia el oeste, extendía cada vez más los ojos. Hacia el oeste, Canadá, América. Sabría y vería lo que le esperaba. Y el muchacho, sentado a su lado, mirando a las gaviotas, tenía una nube entre las cejas y la tensión del descontento en los ojos. La quería dormida, en paz en él. La quería en paz, dormida en él. Y allí estaba ella, muriéndose por la tensión de su propia vigilia. Sin embargo, ella no dormía: no, nunca. A veces pensaba amargamente que debería haberla dejado. Nunca debería haber matado a Banford. Debería haber dejado que Banford y March se mataran el uno al otro.

Pero eso era sólo impaciencia, y él lo sabía. Estaba esperando, esperando ir al Oeste. Le dolía casi como un tormento dejar Inglaterra, ir al Oeste, llevarse a March. Abandonar esta costa. Creía que al cruzar los mares, al dejar esta Inglaterra que tanto odiaba, porque de algún modo parecía haberle picado con veneno, ella se dormiría. Al fin cerraría los ojos y se rendiría a él.

Y entonces él la tendría, y tendría por fin su propia vida. Se resentía, sintiendo que no tenía su propia vida. Nunca la tendría hasta que ella cediera y durmiera en él. Entonces él tendría toda su vida como joven y varón, y ella tendría toda su vida como mujer y hembra. No habría más de este horrible esfuerzo. Ella ya no sería un hombre, una mujer independiente con la responsabilidad de un hombre. No, incluso la responsabilidad de su propia alma tendría que confiársela a él. Él sabía que era así, y obstinadamente se opuso a ella, esperando la rendición.

"Te sentirás mejor cuando crucemos los mares hacia Canadá", le dijo mientras estaban sentados entre las rocas del acantilado.

Ella miró hacia el horizonte del mar, como si no fuera real. Luego se volvió hacia él, con la mirada tensa y extraña de un niño que lucha contra el sueño.

"¿Voy?", dijo.

"Sí", respondió él en voz baja.

Y sus párpados cayeron con el lento movimiento, el sueño pesando sobre ellos inconsciente. Pero ella los abrió de nuevo para decir:

"Sí, puede ser. No puedo decirlo. No sé cómo será allí".

"¡Si pudiéramos ir pronto!" dijo, con dolor en su voz.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB